

**Sucesos militares durante los reinados de  
los Reyes Católicos hasta Isabel II**

**Por Enrique de la Vega**  
**Sevilla 2000**

## PROPÓSITO

De forma breve, porque así lo requiere la índole de este trabajo, vamos a relatar aquellos sucesos militares más importantes ocurridos durante los reinados de los Reyes Católicos, los Austrias y los Borbones hasta Isabel II.

Al lector que no le interese profundizar demasiado en la materia, le bastará conocer o recordar lo que aquí se dice sobre aquellos acontecimientos. A los más adictos, deseosos de profundizar al máximo en detalles, o investigar con mayor profundidad, le servirán estos relatos para conocer las opiniones de historiadores profundos, y a través de la bibliografía que se expone y otra muchas obras fáciles de encontrar, ampliar los conocimientos.

No hemos querido exagerar dando nombres, lugares y medios utilizados en las batallas, al objeto de hacer más asequible la lectura y restaurar los recuerdos con la mayor brevedad.

La finalidad fundamental de estos apuntes, es, como decíamos, dar a conocer o recordar ciertos acontecimientos militares, a sabiendas de que lo hacemos sin la perfección que deseáramos y se merece la Historia militar de España y la de sus grandes capitanes, e incluso las de aquellos otros países con cuyos hechos se puede aprender algo. Aunque grandes capitanes han existido en todas las naciones, en España, con haber tenido tantos y tan buenos, nada tiene que envidiar a los mejores de otras naciones.

Son muchos los que olvidan, o no han querido saber nunca, que España ha sido por espacio de algunos siglos, la Nación que ha marchado a la cabeza de la Europa militar.

No es extraño encontrar libros de historia, incluso escrito por algún compatriota, que olvidan, o relatan con poco aprecio, la excelencia de nuestra invencible Infantería, que lo fue incluso en Rocroi.

En cuanto a la Artillería, fuimos los primeros en conocerla, dato que difícilmente es reconocido por las obras extranjeras de carácter militar.

Finalmente, llamar la atención, en especial de nuestra juventud, para que no extrañen de los olvidos que padecen la mayoría de los escritores extranjeros cuando hablan o escriben de nuestro país.

Como muestra, baste el botón que figura en París, en el Arco del Triunfo, donde están grabadas las grandes victorias del ejército francés y figura, con enorme descaro, la Batalla de Bailén.

Enrique de la Vega

## LOS REYES CATÓLICOS

Uno de los sucesos más importantes de este reinado es la Guerra de Granada. Este reino tributario de la Corona de Castilla se negó a pagar el tributo que le correspondía. Los enviados de los Reyes Católicos fueron expulsados de la ciudad con amenazas por el Rey de Granada, Muley-Aben-Hacen.

Esta negativa la aprovecharon los Reyes de Castilla para intentar apoderarse del último baluarte de los moros, dando ordenes para preparar un ejército capaz de llevar a cabo la ocupación.

Informado de ello Muley-Aben, se adelantó a los acontecimientos y apoderándose de Zahara, pasó a cuchillo a sus habitantes. La respuesta fue inmediata. Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz, hizo lo mismo con los habitantes de Alhama de Granada.

El comienzo de la Guerra, al frente de cuyo Ejército castellano se puso el Rey don Fernando, resultó un descalabro al intentar, sin calcular el potencial enemigo, apoderarse de Loja. La culpa puede achacársele a la imprudencia de Alonso de Cárdenas que no aceptó las indicaciones del marqués de Cádiz. El resultado fue la derrota de los cristianos por el caudillo moro Zagal.

Pronto variaría la situación a favor de los Reyes Católicos, al dividirse los moros en dos bandos opuestos. Unos, los de Muley-Aben, que eligió por sucesor a uno de los hijos nacido de sus amores con una esclava, tras haber encarcelado a la sultana Zoraida y a los hijos de ésta. De aquella lucha resultó vencedor Boabdil, hijo de Zoraida, siendo nombrado rey de Granada. Pero no acabaron las rencillas y volvieron a ocurrir nuevas disensiones entre sus habitantes, las cuales beneficiaban la causa de los cristianos.

Boabdil no tuvo suerte y sufrió numerosos descalabros, perdiendo en primer lugar Lopera y Zahara y posteriormente Coín, Cartaya y Ronda, recuperadas por el marqués de Cádiz.

En 1.486, tras la conquista de Loja y seguidamente Vélez-Málaga, se puso sitio a la capital malagueña, que hubo de rendirse tras reñidos combates.

Conociendo los Reyes Católicos la dificultad que entrañaba apoderarse de Granada, pasaron dos años en preparativos, privando a los moros de los recursos de su fértil vega. Durante este tiempo se fortaleció el ejército cristiano constituido por 80 mil hombres. Se fundó la ciudad de Santa Fe, al objeto de convencer a los moros que los cristianos no abandonarían el sitio. Por fin capituló Granada. En ella hicieron su entrada los Reyes Católicos el día 2 de enero de 1.492.

Posteriormente, en 1.499, se produciría la sublevación de los moros de las Alpujarras al considerar no eran respetadas sus creencias religiosas conforme a lo pactado en la capitulación. Para acabar con esta rebelión fue nombrado Gonzalo Fernández de Córdoba, cuya fama de buen guerrero traía desde las guerras de Italia. Tras numerosas escaramuzas, el Capitán Fernández de Córdoba, que con el tiempo sería conocido como el Gran Capitán, logró someter a los sublevados de las Alpujarras, aunque no a los moros de Sierra Bermeja. Estos se habían refugiado en la escabrosidad de sus terrenos y no se rindieron hasta conseguir honrosa capitulación.

A partir de entonces se crean las nuevas “Hermandades” que ya existían desde tiempo inmemorial. A mediados de 1475 es cuando se da el primer paso hacia la formación de un ejército permanente, que anteriormente estuvo formado exclusivamente por la nobleza. Los Reyes Católicos, para no enfrentarse a los nobles por este cambio, dieron a la nueva institución el nombre de “Santa Hermandad”. Su principal objetivo era el de limpiar los caminos de malhechores.

El primero de los jefes nombrado por la Corona fue el conde de Villahermosa. Cada cien vecinos tenían la obligación de mantener a un hombre a caballo que fuese mayor de 20 años. Hubo también en la Hermandad individuos a pie, que eran llamados cuadrilleros, al estar constituidos en cuadrillas, a las ordenes de un Capitán.

En Italia, en este mismo año de 1499, Cesar Borgia comenzaba una campaña militar que, aunque en la misma no intervino el ejército español, afectó mucho a su política. Borgia ocupó Imola, Forlì y Cesena. En abril de 1501 conquistó Pesaro, Rimini y Faeza. La actuación de este Borgia, duque de Romaña, empezó a ser temida, pues aunque se caracterizó como político hábil, también era ambicioso y cruel. Como hijo de Rodrigo Borgia, elegido Papa con el título de Alejandro VI, le daba un mayor poder y libertad de actuar a su capricho. Precisamente el libro que escribió Maquiavelo, titulado “El Príncipe”, toma como modelo a Cesar Borgia.

Otro problema que se le planteó a los Reyes Católicos fue la de contener a los piratas que inundaban el Mediterráneo. Para alcanzar el indicado objetivo era necesario poseer la ciudad de Oran. El entonces regente, cardenal Francisco Ximénez de Cisneros, organizó a su costa los gastos que ocasionarían la expedición, la cual fue constituida por diez galeras, 80 naves menores y 14 mil hombres. Partieron de Cartagena en mayo de 1509 y desembarcando en Mazalquivir, muy cerca de Oran. Tras sangrientos combates, se logró entrar en la ciudad. Acción que fue presenciada por el propio Cisneros, para seguidamente regresar a España. Al año siguiente se hicieron nuevas conquistas por aquellas tierras, aunque no siempre con igual éxito, ya que los moros opusieron resistencia. Se intentó conquistar Gelves, pero se sufrió fuerte castigo perdiendo gran parte del ejército de García de Toledo, hijo del Duque de Alba, que incluso murió en el combate. Gracias al capitán de Artillería Pedro Navarro, que actuó con eficacia, lograron reembarcar 4 mil hombres de los 15 mil que constituían la expedición.

Con este desastre terminaron las conquistas en Africa en esta época.

El Rey de Francia, Carlos VIII, queriendo renovar los derechos de la Casa de Anjou a la Corona de Nápoles, envió un ejército a Italia, que se apoderó de Nápoles sin ninguna dificultad al abandonarla su Rey, Fernando II, emparentado con la Casa de Aragón, a la que pidió ayuda. Preparóse en España una expedición para socorrerle, la cual desembarcó en Sicilia en mayo de 1495.

Es en estos combates cuando empieza a despuntar el genio de Gonzalo Fernández de Córdoba y Aguilar, natural de Montilla y nacido en 1453. Se distinguió también por su eficacia en la posterior Guerra de Granada.

En rápidas operaciones por la Calabria, Fernández de Córdoba se apoderó de Reggio y Santa Agata. En vista de ello, el general francés Aubigny preparó una gran ofensiva a la que quiso eludir Gonzalo, con gran visión de la situación. Enterado el rey de Nápoles, Fernando II, se opuso a la actitud de Fernández de Córdoba, que fue derrotado por la gran diferencia de tropas con los franceses. A pesar de ello, el español logró una buena retirada evitando mayores males para su ejército. Al poder actuar Fernández de Córdoba con libertad de acción, se permitió incluso algunos contraataques empleando rápidas acciones y atrevidas marchas, logrando apoderarse de Fiuma, Catana y otras plazas importantes.

Posteriormente, Fernández de Córdoba puso sitio a la plaza de Atela defendida por el duque de Montpensier, apoderándose de ella y enfrentándose nuevamente al general Aubigny que era casi el dueño de la Calabria.

El capitán español, con la prontitud con la que se caracterizaban sus operaciones, tras algunas refriegas y ardides, logró la retirada de Aubigny, que sólo pudo conservar Gaeta, ya que Tarrento se rindió el mismo día que Gonzalo llegaba a sus puertas.

Siendo ya conocido Fernández de Córdoba por el título de Gran Capitán, a él se dirigió el Papa Eugenio III solicitándole recuperar la plaza de Ostia que había sido tomada por los franceses. El Gran Capitán, atendiendo la petición del Papa, marchó contra ella, y tras emplear la artillería contra la plaza, la tomó al asalto a los cinco días.

Desde aquí fue cuando Gonzalo marchó a Granada para sofocar la sublevación de los moros de las Alpujarras a la que hemos hecho referencia.

El rey de Francia Luis XII ajustó con Fernando el Católico un Tratado de paz. Tratado que obedeciendo a circunstancias políticas no tardó mucho en romperse.

Volvió Fernández de Córdoba a ponerse al frente de las tropas españolas en Italia y enseguida marchó contra Tarento.

Roto el pacto con Francia, los franceses, superiores en número a los españoles, tomaron la ofensiva.

El Gran Capitán, haciendo recaer sobre los franceses la responsabilidad de la guerra, eludió el ataque dando tiempo a que le llegasen refuerzos de España y Alemania. Su plan fue muy acertado al lograr que sus tropas no perdiesen la moral y el resto de las Naciones hicieran recaer sobre sus contrarios lo aborrecible de la guerra.

Siete meses permaneció Gonzalo dentro de los muros de Barleta vigilado siempre por el duque de Nemours. Fue entonces cuando, para acabar con aquella situación, tuvo lugar el famoso desafío entre españoles y franceses. Fueron seleccionados once combatientes por cada bando. Entre los españoles se encontraba el famoso y vigoroso Diego García de Paredes, y entre los franceses, Bayardo, “el caballero sin miedo y sin tacha”. Tras una actuación muy lucida y valerosa de los dos bandos, los españoles llevaron la mejor parte. Terminado el combate los jueces, en su mayoría italianos, declararon que todos se habían portado como “buenos y esforzados caballeros”. Al no quedar nadie vencedor continuó el sitio de Barleta que Gonzalo logró liberar con los refuerzos que le llegaron del Capitán Pedro Navarro; seguidamente sin desperdiciar la ocasión, atacó con la caballería la retaguardia francesa derrotando por completo al francés Nemours.

El monarca francés, viendo que sus asuntos en Italia se complicaban, negoció un Tratado de paz con el archiduque Felipe, yerno de los Reyes Católicos, el cual se extralimitó en los poderes recibidos y ordenó al Gran Capitán que cesaran las

hostilidades. A ello le contestó Gonzalo, que habiendo recibido instrucciones de los Reyes para hacer la guerra a los franceses en Italia, no renunciaría a ello hasta recibir ordenes directas en contrario.

En vista de ello, el Gran Capitán se dirigió con sus tropas hacia Ceriñola, que distaba 16 millas de Barleta, dispuesto a dar el golpe de gracia a los franceses.

Corría el año 1.503. Ceriñola estaba situada en una eminencia del terreno, plantada de viñas y ceñida por un barranco. Gonzalo mandó preparar el terreno para obstaculizar la acción de los franceses, y se dispuso para el combate, colocando en su derecha a la veterana infantería, mandada por Pizarro, padre de Francisco el conquistador de Perú.

En el centro colocó a los piqueros alemanes, y a la izquierda la caballería pesada con Diego García de Paredes. La ligera la colocó delante para atraer a los contrarios. Cuatro piezas de artillería dirigidas por Pedro Navarro las emplazó tras un parapeto levantado expresamente.

Pronto iniciaron los franceses el combate, atacando Nemours por su derecha. La carga de caballería fue rechazada por la artillería, pero no pudo evitar que al realizar el fuego se incendiase el polvorín.

Este suceso, que consternó a los españoles, lo aprovechó Gonzalo para gritarles con entusiasmo: ¡Ánimo, compañeros, esas son las luminarias de la victoria!

Observado el incendio por Nemours, se lanzó nuevamente al ataque, siendo nuevamente rechazada su caballería. Entonces el francés decidió atacar de flanco, pero los arcabuceros españoles actuaron con tal precisión, que incluso le costó la vida a Nemours, que falleció en el intento.

Es nombrado para el mando francés el suizo Chandieu, que atacando por el centro no pudo abrirse paso entre las picas alemanas, siendo sus flancos machacados por los arcabuceros españoles. También Chandieu muere en el combate, lo que obliga a su tropa a retirarse. El Gran Capitán, comprendiendo le ha llegado el momento de completar la victoria, sale con todo su ejército de las trincheras, y en un ataque general arrolla cuando encuentra a su paso.

Inmediatamente conseguida la victoria, Gonzalo se dirigió a Nápoles, cuya ciudad le abrió las puertas una vez que el Gran Capitán se había apoderado de los fuertes que la protegían.

Después de la batalla de Ceriñola, en abril de 1.503, el Papa Alejandro VI, viendo que los franceses se hallaban en mala situación, inició negociaciones con los españoles, dispuesto a preparar una expedición hispano-pontificia que recorriera la Italia del norte y del centro. Aunque las negociaciones llegaron a buen término, no ocurrió lo mismo con la expedición, que hubo de suspenderse ante la repentina muerte del Papa, en agosto de 1.503.

El rey de Francia disgustado con esta situación mandó al general La Tremuille con un ejército de 10 mil hombres a caballo, un numeroso cuerpo de infantería y 36 piezas de artillería que totalizaban 30 mil hombres, dispuestos a vencer a Gonzalo Fernández de Córdoba. Informado éste, recurrió, como era su método, a una defensa activa, para irlos batiendo por partidas y así igualarse a su adversario, al menos en fuerza numérica, ya que en fuerza moral se sabía superior.

Conseguida la colaboración de los capitanes Andrade y Pedro Navarro con sus gentes, logró entretener el avance francés, apoyándose en el río Garellano, que desembocaba en el mar entre Gaeta y Volturno. Para ello una vez que trasladó su ejército a la orilla izquierda del río, se situó en San Germán, tras apoderarse de las fortalezas de Rocaseca y Montecasino.

El río tenía un puente que conducía a Nápoles, cuya defensa encomendó al capitán Pedro de Paz, para impedir lo pasasen los franceses que estaban en Gaeta y les permitiera atacar de flanco a los españoles.

El general francés La Tremouille dejó el mando al marqués de Mantua, el cual atravesó con el ejército el río Garellano por un vado existente en Ceprano. El primer obstáculo que encontró el ejército francés fue Rocaseca, que aunque intentaron tomarla en tres ocasiones fracasaron dada la resistencia opuesta por García de Paredes. Desanimado el marqués de Mantua y comprendiendo que mayores dificultades encontraría en Montecasino, optó volver a pasar el Garellano por el vado de Coprano y regresar a la orilla derecha. Pero al observar que el Gran Capitán intenta cortarles la retirada, los franceses, al objeto de evitarlo, se lanzan con furia sobre el puente de Sessa. Para evitarlo le prende fuego el capitán Pedro de Paz. A la vista de este nuevo inconveniente los franceses deciden marchar a toda velocidad sobre el puente de Pontecorvo, antes de que los españoles pudieran evitarlo.

Los dos ejércitos se encuentran en orillas diferentes. Los españoles siguen en la izquierda y los franceses en la derecha.

El marqués de Mantua disponiendo de más recursos que el Gran Capitán y aprovechando que su orilla estaba más elevada que la de los españoles, construye un puente de barcas sobre el Garellano, intentando atravesarlo, a lo que se opone García de Paredes. En una segunda intentona apoyado por su numerosa artillería lo logra, apoderándose de uno de los reductos construidos por los españoles.

Al Gran Capitán no se le oculta la importancia de la nueva posición de los franceses, entablándose un encarnizado combate, logrando expulsar a los franceses del reducto y del puente. El marqués de Mantua, perdida para sus tropas la fuerza moral, resignó el mando en el marqués de Saluces.

En estos combates ocurrió la hazaña protagonizada por el alférez Hernando de Illescas, que al perder en la lucha el brazo derecho, siguió combatiendo llevando la bandera de España con el izquierdo; pero seccionado éste por una bala de cañón, tomó la bandera con ambos muñones y marchó adelante gritando: ¡España!

No era Gonzalo Fernández de Córdoba hombre que permaneciese inactivo, así es que, al recibir los refuerzos de 3 mil hombres mandados por Alviano decidió atacar nuevamente a los franceses. Para ello mandó construir un puente seis millas más arriba del que tenían los contrarios.

Para no alarmarlos con su marcha dejó allí parte de sus tropas y con el resto del ejército, en la noche del 27 de diciembre de 1503, se trasladó a la orilla derecha del río Garellano por el puente recién construido.

En vanguardia iban las fuerzas mandadas por los capitanes Alviano, Pedro Navarro, Villalba y Zamudio, a los que les seguía el Gran Capitán con el resto del ejército. El terreno con el que se iban a encontrar era llano con ligeras ondulaciones. Algo separadas del río se encontraban las ciudades de Pantecorvo, Suyo y Trajeto, seguidamente, casi paralelo al Garellano, existía otro río que iba a desembocar en el mar

entre la desembocadura del Garellano y la ciudad de Gaeta. Pasado dicho río se encontraba la ciudad de Mola que tenía un puente sobre dicho río, y era ciudad de cierta importancia estratégica.

Los capitanes Alviano y Zamudio se apoderan de los pueblos de Pantecorvo, Suyo y Trajeto, sorprendiendo a los franceses, que al huir alarmaron al resto del ejército. Gonzalo le ordena a Próspero Colona, que con la caballería les corte la retirada, lo que permitió al Gran Capitán alcanzar la retaguardia francesa cerca de Mola.

Aunque los franceses habían obstruido el puente con numerosos carros y cureñas, los españoles lograron tomar la ciudad.

El ataque que realiza la vanguardia española es rechazado en primera instancia. Con la llegada del Gran Capitán se reorganiza las unidades y recobra la superioridad. Pronto le llegan los refuerzos del capitán Andrade, que venía de intervenir en el paso del Garellano y de Próspero Colona. Los franceses, al verse cercados, se retiraron hacia Gaeta, a donde llegaron muy diezmados.

Los españoles detuvieron el avance para descansar aquella noche en Castellone y llegar al día siguiente a Gaeta.

El 4 de enero de 1505 los españoles eran dueños de todo el reino de Nápoles. Francia, imposibilitada de actuar, tuvo que aceptar el Tratado de paz que le propuso España.

Aparte de las extraordinarias cualidades guerreras de Gonzalo Fernández de Córdoba, hemos de destacar su profunda atención a las necesidades de sus soldados, procurando disminuir sus deficiencias y aumentar sus buenas cualidades. También sabía ser generoso y pagar con esplendidez a todo el que le prestaba algún servicio.

A la muerte de la reina Isabel en 1504, perdió ascendencia el Gran Capitán, debido a que Fernando el Católico dio oídos a los envidiosos de turno, llegando hasta pedirle cuenta de los gastos en Italia. A ello respondió Gonzalo, entregándole las cuentas, que históricamente han sido tituladas “Cuentas del Gran Capitán”, por los exagerados conceptos reflejados en ellas.

Mediante la Liga de Cambray en 1508 establecida por Maximiliano, el rey de Francia Luis XII, el Papa Julio II, el duque de Ferrara, el marqués de Mantua, el duque de Saboy y el rey de España, Fernando el Católico, se pretendía quitar a Venecia las tierras que había conquistado en los años 1499 y 1500. Pero con esto incurrieron en el error de renunciar a los Países Bajos que hubiera equilibrado la balanza del poder en Europa.

En abril de 1512 los franceses derrotaron en Rávena a los españoles que eran auxiliares del Papa Julio II. En vista de ello, el indicado Papa, hombre activo que protegió a Rafael y Miguel Angel y comenzó la construcción de la Basílica de San Pedro, tomó a sueldo un ejército suizo y así obligó a los franceses a retirarse, librándose de la amenaza de los aliados.

Numerosas proposiciones recibió Gonzalo de otros ejércitos para que emplease con ellos su talento, pero su caballerosidad e hidalguía le prohibía aceptarlo. Desengañado del mundo, se retiró a Loja, donde murió el 5 de diciembre de 1515 a la edad de 62 años.

A la muerte de Fernando el Católico, en enero de 1.516, le sucedió su nieto Carlos por incapacidad de su madre Juana de Castilla.

## REINADO DE CARLOS I

Al fallecimiento del Rey Católico y tras la regencia de Cisneros, llegó a España el nuevo rey, Carlos I. Al no considerar los españoles que la Corte que traía el rey guardaban las prerrogativas de su patria, se levantaron contra él muchas poblaciones importantes y las célebres Comunidades de Castilla, capitaneadas por Padilla, Bravo y Maldonado, que pagaron con su vida tal audacia.

De estas discordias civiles se aprovechó el rey francés Francisco I, envidioso del poderío de Carlos y enviando un ejército de 12 mil infantes y 800 caballos, al mando del general Lesparre, intentó establecer en el reino de Navarra a su favorito Enrique de Labrit. En dicha acción logró apoderarse de la ciudadela de Pamplona, donde fue herido Ignacio de Loyola. Ensoberbecido por sus iniciales triunfos, el rey francés puso sitio a Logroño, que fue valientemente defendida, hasta que con la llegada de los refuerzos del duque de Nájera, los franceses levantaron el campo y se retiraron a Pamplona, perseguidos por el ejército español.

El general Lesparre consciente de la persecución, busca una buena posición estratégica entre Pamplona y Puente la Reina, apoyando los flancos en la Sierra de Perdón.

El duque de Nájera, que observó la astucia francesa, determinó traspasar la sierra sin que se apercibiera el enemigo. Para ello se situó en el pueblo de Esquiroz, entre los franceses y Pamplona.

Apercibidos finalmente los franceses, se aprestaron al combate. La batalla conocida como “Navas de Esquiroz” tuvo lugar el 30 de junio de 1.521. La victoria se decantó del lado español que ocupó Pamplona sin resistencia y acabó con la tentativa del rey de Francia de recuperar el reino de Navarra.

Muchas páginas tendrían que llenarse para descubrir los sucesos ocurridos en esta época en el Nuevo Mundo, por ello limitaremos este trabajo al estudio, aunque de manera breve, de lo ocurrido solamente en nuestra Patria. Hecha esta salvedad, recordemos las muchas veces que españoles y franceses se enfrentaron en Italia.

El rey Francisco I deseoso de vengar las derrotas anteriormente sufridas y lleno de resentimiento al ser nombrado Carlos I emperador de Alemania, cargo al que también aspiraba, ordenó a sus tropas penetrar en la Lombardía, aprovechando la ocasión de que el rey de España estuviera abrumado con el problema de los Comuneros. Una vez resuelta esta situación y derrotados los comuneros en los campos de Villalar, el ejército de Italia a las ordenes del marqués de Pescara y de Próspero Colona, invadió la Lombardía, persiguiendo a los franceses hasta Marsella tras haberse apoderado del puerto de Tolón. Pero el rey de Francia, a la cabeza de un poderoso ejército, volvería a recuperar lo perdido, persiguiendo a los españoles, esta vez mandados por el nuevo virrey de Nápoles, Lannoy. Los franceses, seguros de su victoria, en vez de aniquilar a

los españoles pusieron sitio a Pavía, plaza que contaba con seis mil hombres al mando de Antonio Leiva, que tenía el doble problema de no sólo tener que realizar salidas de la plaza para incordiar a los sitiadores, sino también resolver el motín provocado por los soldados alemanes que pedían las pagas atrasadas.

El tiempo pasaba sin recibir refuerzos. Pavía iba a verse obligada a rendirse cuando el capitán Pescara y el duque de Borbón, con 6 mil infantes y 500 caballos, aparecieron a la vista de Pavía el 7 de febrero de 1525, siendo recibidos con nutrido fuego por la artillería francesa. Los sitiados cobraron aliento al recibir estos socorros, y especialmente cuando el capitán Pescara atacaba a los franceses consiguiendo levantar la moral de los sitiados. Esta situación logró abatir la moral de los contrarios, hasta hacerles levantar el sitio, aunque no emprender la retirada.

Los deseos de Pescara eran dividir en dos partes al ejército francés para atacarlos por separado. Para ello, era imprescindible entrar en Pavía con el grueso del ejército. Este plan presentaba la dificultad de que al no obtener las primeras victorias quedaban los españoles privados de un camino por el cual emprender la retirada.

Se le envió aviso a los defensores de la plaza para que estuviesen alerta y al amanecer ordenó Pescara dar fuego a las tiendas de campaña, para hacer creer a los franceses que se retiraban. Ante esta creencia, se pusieron los franceses en posición de ataque, que era precisamente lo que se proponía el general español para atacarles por la retaguardia.

Poco después del amanecer, la derecha española compuesta de 6 mil hombres, avanzó sobre la formación francesa, formada por los suizos al servicio de Francia, que tuvieron que ceder ante el valor de los españoles, a pesar de estar considerados como uno de los mejores soldados de Europa.

Maltrato el ejército francés, es ahora el capitán Leiva el que los ataca, al mismo tiempo que Pescara daba buena cuenta de la poderosa caballería francesa. En realidad, la excelente caballería francesa, al principio de la guerra, tuvo en jaque a los españoles, pero la genialidad de Pescara de introducir entre los escuadrones algunos buenos tiradores sacados de la infantería, hizo que la derrotaran, haciéndoles numerosas bajas.

En esta batalla en la que perecieron unos 10 mil franceses y la flor de la nobleza, fue hecho prisionero el rey Francisco I. Castigo que pagó por su ambición de haber puesto sitio a Pavía. Esta batalla tuvo lugar el 24 de febrero de 1525.

Cuando el prisionero rey Francisco I obtuvo la libertad a principios de 1526, lo primero que hizo fue formar una Liga llamada Clementina, por ser el Papa Clemente VII uno de los principales, en la que formaban parte la República de Venecia y el Ducado de Milán.

Los enfrentamientos militares tuvieron diferentes protagonistas y vencedores, aunque por lo general los españoles siempre llevaron la mejor parte. Deseando España castigar las imprudencias papales al unirse con Francisco I, encargó al duque de Borbón que atacara Roma. Este, tras una atrevida marcha por territorio enemigo, se presentó en las afueras de Roma el 3 de mayo de 1527.

Al día siguiente dio la orden de asalto teniendo la desgracia de caer y morir en el combate. Esto enfureció a las tropas, que tras nombrar general jefe al Príncipe de

Orange, prosiguieron el asalto con más arrojo, entrando en la ciudad. Actitud que obligó al Papa a guarecerse en el Castillo de Santo Angelo.

Viendo Clemente VII el mal cariz que tomaba el ataque firmó un tratado de paz el 6 de junio, obligándose a pagar cierta cantidad de dinero y devolver a los españoles algunas plazas importantes. Al Papa se le permitió volver al Vaticano, pero prefirió marchar a Orbiato, población que le era muy adicta. A pesar de esto, no se tardó en formar una nueva Liga contra Carlos I, que esta vez tuvo éxito, dada la penuria que reinaba entre los españoles. El general francés Lautrec, nombrado jefe de la Liga, se apoderó con facilidad de gran parte de Italia, entrando después en el reino de Nápoles. En el territorio napolitano se concentraron los españoles al mando del marqués de Vasto, pero al poco tiempo Lautrec estableció el bloqueo de Nápoles con 80 mil de infantería y 20 mil de caballería, además de bastante artillería.

Contrariado por la enérgica resistencia de los españoles, estrechó más el bloqueo. En tales circunstancias la resistencia se convirtió en una temeridad; pero gracias al almirante genovés Andrea Doria, que se unió a las fuerzas españolas, tras las halagüeñas proposiciones que le hizo el de Orange, se introdujeron en la plaza, municiones, víveres y tropa de refresco, mejorando la situación de los sitiados, que no dejaban de hacer frecuentes salidas para castigar a los coaligados. Además al contagiarse el general Lautrec de la peste, falleció el 16 de agosto de 1528, tomando el mando del marqués de Saluces. Pero la muerte de Lautrec desmoralizó a la tropa, por lo que el ejército coaligado inició la retirada siendo perseguidos y atacados por los españoles que, no sólo los derrotaron, sino que hicieron prisionero a su jefe el marqués de Saluces.

El sitio de Nápoles duró desde el 23 de abril al 24 de agosto de 1505, es decir, cuatro meses.

Los luteranos, conocidos generalmente como los protestantes, formaron una nueva Liga con el mismo objeto de oponerse al Emperador Carlos. La mandaba el Elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse. Ambos generales reunieron en 1546 un ejército de 80 mil infantes, 9 mil caballos y 100 piezas de artillería. Mientras tanto, el Emperador Carlos proseguía en silencio sus preparativos, formando un ejército bien instruido pero inferior en número. Solamente pudo disponer de 36 mil infantes, 2 mil caballos y algunas piezas de artillería. Este ejército estaba mandado por el emperador y como consejeros, el duque de Alba y el marqués de Marignan. Una vez constituido, emprendió marcha desde Ratisbona en dirección al río Danubio atrincherándose en la margen izquierda.

El ejército confederado se presentó a la vista de los españoles pero en actitud pasiva sin que tomaran alguna decisión. Por fin, tras algunas discusiones entre los jefes confederados, en cuanto a la forma de atacar, determinaron mantener el fuego de cañón sobre el campamento imperial. Esto ocurría el 31 de agosto de 1546. Don Carlos tuvo que contener el ardor de sus tropas, que dieron prueba de gran disciplina, al sufrir el fuego artillero de 130 piezas durante diez horas. Una vez arreglados los destrozos ocasionados en el Campamento, en donde los españoles se mantenían firmes, los confederados a la vista del poco éxito obtenido emprendieron la retirada, permitiendo al Emperador Carlos salir en su seguimiento y lograr dominar todo el curso del Danubio.

En vista de la situación y comprendiendo los jefes de la Liga su fracaso, decidieron disolverla y solicitar de don Carlos la paz, menos el Elector de Sajonia, que con un ejército de 6 mil infantes y 3 mil caballos opuso resistencia en la orilla derecha del Elba, a la altura de Mühlberg. Convino el Emperador a finales de abril de 1.547, pasar dicho río y atacar, a pesar de las grandes dificultades que ofrecía el Elba por aquel lugar, donde tenía una anchura de 80 metros y más de 1 metro de profundidad. Le acompañó la suerte al lograr encontrar un vado para pasar la caballería.

Asustado el Elector, recogió sus tropas y desguarneció Mühlberg, emprendiendo la retirada hacia Witemberg. Perseguido por Don Carlos no tuvo el Elector más remedio que aceptar la batalla. Tras numerosos esfuerzos, los imperiales consiguen romper a la infantería enemiga, mientras la caballería que al principio fue rechazada, una vez repuesta, cayó sobre el flanco derecho de los sajones que tuvieron que emprender la fuga. En estas acciones fue hecho prisionero el Elector que fue despojado de sus Estados, que entregó el rey Carlos I al duque Mauricio, que hasta entonces había prestado buenos servicios a España. Pero la ambición pudo más que su honor, y el duque Mauricio se coaligó con el rey de Francia Enrique II, sucesor de Federico I, proclamándose independiente y atacando al Emperador Carlos, quien agobiado por la gota tuvo que huir a Imbruck y firmar el 31 de julio de 1.552 el Tratado de Pasan. A consecuencia de la felonía del duque Mauricio, los franceses se apoderaron de Metz, plaza que intentó recuperar sin éxito el duque de Alba.

Pocos años después va a producirse la abdicación de Carlos I, y nada importante ocurre militarmente.

El 25 de octubre de 1.555, encontrándose Don Carlos en Bruselas, renunció a sus Estados, en su hijo Felipe II. El Emperador se retiró finalmente al monasterio de Yuste, y allí murió el 21 de septiembre de 1.558.

## **REINADO DE FELIPE II**

A la edad de 28 años el rey Felipe II fue llamado a regir los destinos del gran imperio español. Joven, de carácter reflexivo, supo demostrar a pesar de su juventud y a lo largo de su reinado, una gran sagacidad política, logrando alcanzar el punto culminante del imperio español.

El primer problema con el que se encontró Felipe II fue con la ambición constante de los reyes de Francia de apoderarse de Nápoles y la Lombardía, como quedó patente en 1.556, cuando se coaligaron contra el monarca español el rey francés Enrique II y el Papa Paulo IV.

El duque de Alba recibe la orden de su soberano de marchar con sus tropas a terreno pontificio. Así lo hace, llegando a las puertas de Roma. Temeroso el Papa de que se repitiera lo sucedido cuando el saqueo por las tropas del duque de Borbón, solicitó un armisticio que le fue rápidamente concedido. Tanto el de Alba como su rey no querían provocar un enfrentamiento con el Papa, al estar considerada España a la cabeza de las naciones cristianas.

Mientras se cumplía el armisticio, el francés duque de Guisa, invadió Nápoles, aunque no adelantó gran cosa en la conquista de este reino. En vista de ello, don Felipe ordena al general Manuel Filiberto de Saboya que invada Francia. Para llevar a cabo tal cometido, comenzó por introducir su ejército por la Picardía, marchando sobre San Quintín, que era la llave militar de aquella provincia, que estaba situada en la margen derecha del Somma y perfectamente fortificada.

Apenas en Francia se supo del sitio de San Quintín se aprestó un ejército de 20 mil infantes y 6 mil caballos a las ordenes del condestable Montmorency, que situado sobre Pierre-Pont, era punto estratégico desde donde se podían mandar refuerzos a San Quintín.

Los franceses siempre apoyándose en la orilla del Somma, quisieron vadearlo para llevar refuerzos a la plaza. Informado de ello, el general español aumentó en 500 arcabuceros las defensas del vado, evitando que el enemigo pudiera penetrarlo.

El ejército francés trató de retirarse, pero el general Filiberto de Saboya, cruzando el Somma con la caballería, contuvo a los franceses obligándoles a volver grupas y aceptar batalla. Fue el conde Egmont quien con la artillería contribuyó mucho a la victoria.

Esta batalla, que tuvo lugar el 11 de agosto de 1557, dejó tan desconcertado a los franceses, que los propios generales españoles opinaron que, dadas las circunstancias, lo mejor era abandonar San Quintín y marchar sobre París. No satisfecho Felipe II con esta noticia, se trasladó al campamento español y ordenó que lo primero era finalizar aquella batalla con la toma de San Quintín, como así sucedió. La demora que ocasionó la toma de San Quintín le sirvió al ejército francés a rehacerse y llegar a París con tiempo para defenderla.

Después de esta célebre batalla, el Papa Paulo IV, temeroso de perder sus Estados, aceptó la paz, separándose del rey de Francia.

Para conmemorar la toma de San Quintín se construyó el monasterio del Escorial, dedicando el templo a San Lorenzo, en cuyo día se dio la batalla.

Inglaterra, por ir en contra de Felipe II, se declaró a favor de Francia y ordenó al general Termes que invadiese los Países Bajos y se apoderase de Gravelines, y mientras, para distraer a los españoles, el duque de Guisa, atacaría a Cambray.

El general Termes, al frente de un ejército de 12 mil infantes, 2 mil caballos y un inmenso tren de artillería, tras atravesar el río Aa, llega a Dunquerque, haciendo sufrir al país toda clase de vejaciones. Después de apoderarse de Gravelines intentó hacerlo con la ciudad de Neuport; pero al conocer que el conde Egmont iba a su encuentro, cambió de rumbo para, tras repasar el río Aa, encerrarse en Calais. Egmont, que sospechó las intenciones del francés, haciendo una marcha rápida, incluso abandonando la artillería y bagajes, lo alcanzó cerca de Gravelines.

El enfrentamiento de los dos ejércitos fue impetuoso. La caballería española se vio obligada a retirarse, siendo perseguida por la francesa, lo que le obligó a separarse de su infantería. Entonces, el general español que había rehecho sus escuadrones, los lanza de nuevo al combate, mientras los infantes hacen nutrido fuego sobre el flanco izquierdo y retaguardia de los contrarios. La caballería francesa logra enlazar con su infantería y el

combate vuelve a generalizarse en toda la línea. En este momento la escuadra española llegó a la desembocadura del Aa, desde donde realizó un certero fuego de artillería sobre la retaguardia del enemigo.

El general Termes cayó prisionero, así como los demás jefes que no habían muerto. Las pérdidas francesas fueron muy elevadas. En cambio, los españoles sólo contabilizaron 500 muertos y 2.000 heridos.

A primeros de abril de 1.559 se negoció la paz por el Tratado de Chateau-Cambrises. Tratado ventajoso para España y por el que se le concedió al rey Felipe II la mano de Isabel de Valois, con la que contrajo matrimonio en 1.560.

El rey de España decide mantener su política en los Países Bajos, y para ello envía con plenos poderes al Duque de Alba, que no sólo era un gran militar, sino que sabía mantener la severidad de carácter de su rey.

Una vez que el Duque de Alba llegó a Bruselas, su primera medida fue poner presos a algunos nobles que colaboraban en contra de España, pero no pudo evitar que estallase una revolución que influiría en todas las regiones del territorio conocido como Flandes.

En la “Historia orgánica de las armas” del conde de Clonard, se refiere a este asunto y, entre otras cosas, dice: “La consideración más oportuna y elevada de Flandes es bajo el aspecto militar. Acaso la potente mano de la naturaleza, en ninguna otra parte haya puesto tantos baluartes para proteger la independencia o conservar la libertad de un pueblo como en los Países Bajos. Tres líneas defensivas protegían a Flandes contra un enemigo exterior”.

“Además de estas líneas exteriores habían otras muchas interiores, formadas por las corrientes de los ríos Rhin, Vahal, Isel, Mossa, Escalda y el Ems. Pero la más fuerte defensa de los Países Bajos consistía en la extraña configuración de su terreno

Los insurgentes flamencos nombran por jefe a Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, que al frente de un ejército poderoso contaba con muchos recursos.

El primer enfrentamiento fue de derrota para las tropas españolas, que tuvieron que retirarse a Grominga, a cuya plaza le puso sitio el de Orange.

Enterado el Duque de Alba de la situación acude en su socorro, logrando que las tropas de Orange levantaran el sitio, no sin producirse unos combates muy sangrientos en un terreno lleno de lagunas por las que los franceses tuvieron que huir, salvándose su jefe a nado.

A pesar de ello, el de Orange, una vez repuesto, buscó nuevas tropas y con 24 mil hombres volvió al campo de operaciones, aunque no logró encontrar al Duque de Alba, que lo rehusó siempre. Aquel caminar sin sentido desmoralizó a los insurgentes, no teniendo el de Orange otro remedio que retirarse a su retaguardia.

Felipe II, bien informado de lo que ocurría en Flandes, decidió cambiar de política. Para ello sustituyó al Duque de Alba por Luis de Requesens, hombre que se caracterizaba por emplear métodos menos agresivos. Esto ocurría en 1.573.

Lo primero que intentó Requesens fue atraerse el afecto de los insurgentes, lo que logró sólo en parte, ya que la hoguera revolucionaria había tomado demasiado incremento.

La armada española intentó socorrer a Middelburg, pero fue derrotada, lo que perjudicó la defensa de la ciudad, que caería en manos de los rebeldes.

Nassau, buen conocedor del terreno, dispuso sus tropas con bastante acierto, apoyando las alas en los ríos Mossa y Vahal, y protegiendo su retaguardia en la aldea de Mock.

Los españoles aceptan el combate y atacan las trincheras enemigas; pero Nassau moviliza las tropas reunidas en Mock logrando recuperar el terreno perdido. Entretanto, Sancho de Avila, segundo de Requesens, consigue neutralizar la superioridad del contrario obligándoles, después de causarle grandes pérdidas, a retirarse a una colina próxima a Mock. Sin embargo, los españoles les hacen bajar al llano y enfrentarse al combate. Los rebeldes, al verse perdidos, emprendieron la huida. Les persiguen los españoles, logrando darles alcance y causándoles muchas bajas, entre ellas las de Luis de Nassau y su hermano Enrique, que perecieron ahogados. Esta batalla tuvo lugar en abril de 1.574.

Muchas otras cosas ocurrieron en la llamada “Guerra de Flandes”. Hechos brillantes de las armas españolas, alguna derrota, un motín de las tropas a las que se les debían numerosas pagas y otros sucesos de menor interés; pero el objetivo de este trabajo se concreta en esta ocasión en referir los hechos más sobresalientes que durante el reinado de Felipe II realizó Luis de Requesens.

El primero fue el sitio de Leiden. El de Orange, dispuesto a ocupar dicha ciudad en poder de los españoles, mandó romper los diques de los ríos inmediatos inundándola. Ello obligó a los españoles a refugiarse en una altura próxima desde donde pudieron comprobar cómo la escuadra enemiga avanzaba hacia ellos, lo que les permitió retirarse en buen orden y con todo el bagaje.

La segunda intervención de Requesens fue el apoderarse de la isla de Douveland. Para ello era necesario que el ejército atravesara cuatro millas de mar. Aprovechando la marea baja del 28 de septiembre de 1.575, y con el agua por la cintura, avanzaron por la noche, llegando a la isla cuando la marea comenzaba a subir. Una vez en la isla sostuvieron encarnizados combates, logrando al fin quedar dueños de la isla.

En 1.576 se nombró sucesor de Requesens al vencedor de Lepanto, don Juan de Austria. Don Juan logró apaciguar los ánimos exaltados de los ciudadanos de los Países Bajos, gracias al llamado “Edicto Perpetuo” publicado a principios de 1.577 en Bruselas.

Transcurrido un año, el príncipe de Orange volvió a soliviantar a las provincias de Holanda y Zelanda para que se negaran a reconocer el Tratado, publicado por don Juan. Ello ocasionó que el 31 de enero de 1.578 se originara una batalla llamada de Gembloux, iniciada por el de Austria, que se encontraba en Namur enfrentándose al ejército flamenco mandado por Grigny, que al comprobar la fortaleza de los españoles se retiró hacia Gembloux. Como el terreno no era propicio para el seguimiento se le ordenó al capitán español que mandaba la vanguardia, que se adelantara y atacase al enemigo. Los flamencos actuaron valerosamente; sin embargo, Alejandro Farnesio se puso a la cabeza de la caballería y dando un pequeño rodeo logró coronar la meseta de

la cuesta por donde bajaba el enemigo y cargándole por la derecha se introdujo en el grueso del ejército flamenco. Esta carga está considerada por numerosos historiadores como una de las más brillantes cargas de caballería de la época. La derrota del enemigo fue completa, muriendo el jefe Grigny y ocasionándoles numerosas pérdidas humanas, banderas y perdiendo toda la artillería.

El resto del ejército flamenco se encerró en Gembloux pero a la llegada de don Juan de Austria, se rindieron.

Al enfermar de don Juan tomó el mando el acreditado general Alejandro Farnesio, que a la muerte del de Austria, el 21 de noviembre de 1.578, quedaría dueño del gobierno de los Países Bajos.

La visión estratégica de Farnesio quedó demostrada al sitiar la plaza de Maestrick, la cual dividía en dos partes al río Mossa y era lugar estratégico desde donde poder en poco tiempo acudir a sofocar las rebeliones que pudieran estallar en otros lugares. Establecido el sitio, que duró cuatro meses, fue ocupada por los españoles. Al poco tiempo se firmó una transición, que al poco tiempo fue anulada porque el de Orange, no conforme con la reconciliación, encendió de nuevo la guerra. Asesinado el Príncipe de Orange el 10 de julio de 1.584, los insurrectos nombraron jefe a su hijo, el joven Mauricio de Nassau, para que continuara la labor de su padre.

El próximo objetivo de Alejandro Farnesio fue la de poner sitio a Amberes, para lo cual comenzó por apoderarse de las plazas de Gantes, Malinas y Bruselas.

Con motivo del sitio que Enrique IV de Francia le tenía puesto a París, se le ordenó a Farnesio que acudiese en ayuda de la Liga Católica, consiguiendo que el sitio fuese levantado. Si no hubiera sido por esta circunstancia y continuar Alejandro en Flandes, es casi seguro que se hubiera llevado a cabo la pacificación de este país, pues ya estaban sometidas catorce de las diecisiete provincias de que constaba; pero tuvo Farnesio que abandonar el gobierno de los Países Bajos para acudir a Francia, tras ser asesinado el rey francés Enrique III, el 1 de agosto de 1.589.

Cuando Farnesio regresó a los Países Bajos estaba muy enfermo y herido, encontrando todo en muy mal estado. Empeorando de salud, falleció a finales de 1.592.

Alejandro Farnesio, duque de Parma, procedía de noble familia italiana. Fue educado en España en el palacio de su tío Felipe II, donde estableció inseparable amistad con su amigo y compañero don Juan de Austria, también tío suyo.

Fue en la batalla de Lepanto donde Farnesio dio a conocer su valor y genio militar.

Los sucesos que siguieron en los Países Bajos a la muerte de Farnesio no fueron favorables a los españoles, como consecuencia de los grandes acontecimientos que del terreno y sus gentes tenía su actual jefe Mauricio de Nassau.

La orden del gobierno de Felipe II para que los moriscos de Granada cambiasen de traje y aprendiesen el castellano, dio origen a que el pueblo de Cadiar, próximo a la capital, se sublevaran y nombraran rey a Mahomet-Abenhumeya.

A este respecto dice el conde de Clonard, que: “si se examinaran detenidamente los males que ha producido el fanatismo político y religioso, se hallarían en él, los gérmenes de todas las desgracias que han afligido a la humanidad”.

No se pudo evitar que los sublevados, al recibir algunos socorros de Africa, pusieran sitio a Almería, aunque el sitio duró poco tiempo.

El marqués de Mondejar, García Villarroel, Pedro de Arias y el marqués de Vélez, les ocasionaron numerosos descalabros a los mahometanos, en estas guerras en las que hizo su aprendizaje don Juan de Austria. Hasta 1.571 no finalizó la rebelión morisca, sin embargo, enseguida daría comienzo la amenaza perpetua de los turcos sobre Europa, que desde el siglo XV venían ocupando los Balcanes. Primero Murad II, después Mahomet III. A continuación Bayaceto II, que murió envenenado por su hijo Sehm, el cual conquistó Egipto y Persia. En la caída de Constantinopla, todo pasó a ser el Imperio Turco en Europa. Constantinopla tomó el nombre de Estambul y se convirtió en centro industrial y cultural a orillas del Bósforo. Los cristianos establecen al fin una Alianza, conocida como Liga Santa, que reunía a venecianos, al Papa Pío V y Felipe II. Los ejércitos de esta Liga se enfrentan a los turcos en la famosa batalla de Lepanto, que finalizó con la victoria de la Liga al anochecer del 7 de octubre de 1.571.

Los hechos ocurrieron así: Las fuerzas de los turcos eran superiores, pues se componían de 286 buques y 25.000 hombres, siendo el jefe Alí-Bajá, que al tener noticia de que la armada cristiana iba a su encuentro, reunió su escuadra en el golfo de Lepanto, teniendo la costa a su espalda.

El orden de marcha de la armada coaligada era el siguiente: formaban la vanguardia 53 buques, al mando de Andrés Doria, debiendo en el combate ocupar la derecha de la línea de batalla; el centro, o mejor dicho, el grueso de la armada, se componía de 63 galeras e iba mandado por el general en jefe; seguía después la retaguardia, compuesta de 53 buques, bajo el mando de Barbarigo, siendo su puesto para el choque la izquierda de la línea de batalla. La reserva, compuesta de 30 buques, iba mandada por Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz; además 7 buques, a las ordenes de Juan de Cardona, iban de descubierta, caminando unas veinte millas delante de la escuadra.

Avistáronse ambas en el golfo de Lepanto la mañana del 7 de octubre, e inmediatamente se aprestaron al combate: la turca, según su antigua costumbre, formó una media luna, con la parte izquierda un poco prolongada, con objeto de separar la derecha de los contrarios del centro de los mismos, para batirlos así aisladamente; la cristiana formó una línea. Santa Cruz, con la reserva, se colocó detrás, para acudir allí donde fuera necesario.

Antes de empezar el combate, D. Juan de Austria recorrió toda la línea en un barco pequeño (esquife), animando a los nuestros y diciéndoles que era llegada la ocasión de dar pruebas de su valor.

Caminaba con dirección a la cristiana, la armada turca, con gran velocidad, favorecida por el viento; pero calmándose éste de repente, tuvo necesidad de emplear los remos: ya sabemos que su intención era separar la derecha del centro de nuestra escuadra, para batirla así en detall, pero D. Juan de Austria, para quien no pasó desapercibida aquella intención, mandó que la línea se formase muy compacta y unida.

Empezó el combate envistiendo los turcos con sin igual furia a nuestras alas, que sostuvieron el choque con firmeza, prestándose mutuo apoyo las diferentes partes de la

línea: en esta primera embestida murió Barbarigo, que, como ya hemos dicho, mandaba la izquierda. En el centro se combatía también denodadamente, y la Capitana cristiana, esto es, el buque en el que iba el de Austria, acometió a la capitana turca, cuya tripulación rechazó a nuestros soldados en el primer abordaje. Muy comprometido se hallaba el centro de la escuadra cristiana, por el número de buques contrarios que le atacaron, mas acudió en su auxilio el marqués de Santa Cruz, con alguno de los suyos, con lo cual se escarmentó a los turcos, cuya capitana se abordó nuevamente, y habiendo caído muerto Alí, su cabeza se puso en alto, y la bandera turca fue sustituida por la española, desde cuyo momento la victoria se decidió completamente por nuestra parte; no costó sin embargo poco trabajo acabar con el enemigo, que sacaba fuerza de su desesperación, pero al fin la derrota fue completa, creyendo inútil dar ningún detalle de las sangrientas escenas que allí ocurrieron.

Las pérdidas de los turcos fueron 160 galeras, entre tomadas y quemadas, 30.000 hombres muertos, 10.000 prisioneros, y rescatados unos 12.000 cautivos que les servían de remeros. Por nuestra parte, tuvimos 8.000 hombres fuera de combate, la cuarta parte españoles.

La batalla terminó al anochecer, y su resultado, que se celebró en Europa de una manera entusiasta, acabó con la preponderancia marítima de los turcos.

Habiendo fallecido en 1.580 el rey de Portugal don Enrique, los derechos a la corona venían a recaer en Felipe II, aunque habían varios pretendientes, entre otros, don Antonio, el Prior de Ocrato, primo de Felipe II e hijo natural del infante don Luis, el más temible de los pretendientes, ya que disponía de ejército y estaba dispuesto a emplearlo para lograr su objetivo.

En consecuencia, Felipe II dispuso de un ejército de 26 mil hombres, dándole el mando al duque de Alba que se concentró cerca de Badajoz. Una vez que fue revistado por el rey, entró en Portugal el 27 de junio de 1.580. También se dispuso de una escuadra cuyo mando estuvo a cargo del marqués de Santa Cruz.

El ejército del duque de Alba, que no encontró obstáculos a su marcha, mantuvo en alto nivel el respeto a las personas y propiedades, castigándose severísimamente el pillaje, que en realidad no existió.

Hecho dueño el ejército de Portugal, sus colonias también reconocieron la autoridad de Felipe II, excepto las Azores, que, protegidas por Francia e Inglaterra, seguían prestando obediencia al Prior de Ocrato. Pero el 24 de agosto de 1.582, el marqués de Santa Cruz desbarató el dispositivo de la escuadra portuguesa lográndose ocupar las Azores, con lo cual quedó todo Portugal formando parte de España.

Deseando Felipe II vengar las continuas ofensas de la reina Isabel de Inglaterra, mandó establecer en Lisboa una escuadra compuesta de 130 buques y 20 mil hombres de desembarco, que por ser superior a las que normalmente cursaban los mares, fue llamada “La Invencible”. A mediados de 1.588 se hizo a la mar mandada por el marqués de Medina Sidonia, que hubo de sustituir al marqués de Santa Cruz por fallecimiento de éste.

Al doblar el Cabo de Finisterre un fuerte temporal desorganizó la escuadra, que con grandes dificultades llegó a las costas de Holanda, donde otra furiosa tempestad la

desbarató completamente. Esta situación la aprovechó la escuadra inglesa para aniquilar a “La Invencible”, regresando a España los barcos que lograron salvarse.

Orgullosa la reina de Inglaterra con esta victoria, debido al temporal, decidió atacar las costas españolas, desembarcando en La Coruña, no logrando apoderarse de la ciudad gracias a la actuación de sus defensores y a la de una heroína, llamada María Pita.

A finales de 1560 expidió Felipe II una instrucción reduciendo a un tercio el ejército de Italia, que quedaría compuesto de 10 compañías de 300 hombres cada una. La crisis del ejército en Italia la ocasionó la debilidad militar causada por las tropas mercenarias, a parte de la falta de organización militar y sobre todo política y económica.

Dos años después fue dictada una nueva disposición para la creación de las Milicias Provinciales, estableciéndose con 60 mil los hombres, y aumentando el ejército permanente para guarnecer la Península.

El alistamiento continuó haciéndose como siempre por medio de levas y voluntarios. Las armas ofensivas de la infantería, eran la pica y el arcabuz; las defensivas, el coselete y el morrión.

El duque de Alba dispuso, para evitar los ataques de la caballería contraria, que en cada compañía fuesen quince hombres en primera fila, armados con grandes mosquetes, que apoyaban sobre una horquilla de madera.

El arma de caballería se componía de cuatro elementos distintos: los hombres de armas, los caballos ligeros, los arcabuceros a caballo y los herreruelos, que se distinguían de los otros por disponer de armas de color negro.

## **REINADOS DE FELIPE III, FELIPE IV Y CARLOS II**

Durante estos tres últimos reinados de la Casa de Austria, España atravesó la desgraciada situación de convertir la grandiosidad de reinados anteriores en una lamentable economía, a causa de los errores políticos y las desgracias de las expediciones marinas.

El reinado de Felipe III, apellidado el “Pacífico” por la paz que concertó con Inglaterra y los Estados de Flandes, no aporta nada digno en lo referente a la milicia y la guerra. El hecho más significativo de su reinado fue la expulsión de casi un millón de moros en 1609. Decisión oportuna, ya que resultaba un peligro constante por las relaciones que sostenían con sus compatriotas de Africa.

Al fallecimiento del rey, el 30 de mayo de 1621, le sucedió su hijo Felipe IV, que mereció el dictado de “Grande”.

Durante este reinado tuvo lugar la guerra por la conquista de Valtelina, valle que iba de Norte a Oriente en el Milanesado y del que Richelieu quiso privar a los españoles. Este cardenal, favorito del rey de Francia, odiaba a España.

Durante la guerra del Milanesado hubo varios enfrentamientos en los cuales las armas españolas llevaron la mejor parte. Dicha guerra finalizó a principios de 1.626 con el Tratado de Monzón.

También en este tiempo, logró el marqués de Medina Sidonia escarmentar a los ingleses, que habían desembarcado en Cádiz, obligándoles a abandonar la ciudad.

Nuevamente surgen los conflictos en los Países Bajos dando lugar a enfrentamientos militares.

El jefe del ejército español era el marqués de Spinola, atendiendo a la importancia de Breda quiso hacerse dueño de dicha plaza a pesar de sus escasos recursos. Su contrario, Mauricio de Nassau, conocedor de las intenciones de Ambrosio de Spinola, introdujo socorros en la plaza. Como ambos generales conocían perfectamente sus maneras de combatir, no lograron engañarse.

Mauricio, para distraer al militar italiano al servicio de España, intentó apoderarse de Amberes. En ello puso tanto interés, que al ser derrotado perdió su ejército, gran parte de su capacidad operativa; ello permitió a Spinola aumentar su poder combativo y apoderarse de Breda que se vio desamparada. La ciudad se rindió a Spinola en 1.625.

Tres años más tarde, nuevamente luchan España y Francia en los campos de Italia. El origen de ello fue la conquista del Condado de Monferrato por los españoles. Tras dos años de luchas en las que incluso intervino el rey Luis XIII con un poderoso ejército, los franceses tomaron la población de Casal. A esta ciudad le puso sitio Spinola; pero cuando los trabajos de sitio iban muy adelantados, en septiembre de 1.630, le sorprendió la muerte, siendo sustituido por Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz. En marzo de 1.631 se firmó la Paz entre ambos beligerantes.

La guerra de Flandes se reprodujo al morir sin hijos el archiduque Alberto, por lo que según la sección hecha por Felipe II a su hija Isabel Clara Eugenia, esposa de aquél, el dominio revertía en España. Dicha viuda cedió estos feudos al rey Felipe IV en 1.632. Pero los habitantes de las principales ciudades de los Países Bajos se sublevaron proclamando la república. Con este motivo se le ordenó a las tropas españolas de Italia que se trasladaran a los Países Bajos, pero a su paso por Alemania, tuvieron necesidad de auxiliar al Emperador Fernando, al que le había declarado la guerra el rey de Suecia, Gustavo Adolfo.

Al amanecer del 7 de septiembre de 1.634 ambos ejércitos se aprestaron al combate. Durante todo el día no cesa la lucha más intensa, que continuó el día 8 con igual apasionamiento. La actitud decidida de los españoles en su avance estimula a los alemanes, que deciden imitarlos. Los suecos, mandados por el conde Weimar, abandonaron sus puestos antes de que se cruzaran sus picas con las de los españoles.

Como consecuencia, tras esta victoria por la posesión de Norlingen, la mayor parte de las plazas de Baviera abrieron sus puertas al vencedor.

Continuaron los españoles avanzando hacia Lieja pero su enfrentamiento con un poderoso ejército compuesto de franceses y holandeses, fueron derrotados los españoles.

Año importante para el ejército español es el de 1.643 y, concretamente, el 19 de mayo, en que tuvo lugar la batalla de Rocroi.

Tenían los españoles puesto sitio a la plaza, cuando acudió el duque de Enghien, joven general que, empleando una táctica muy audaz, logró derrotar a la caballería española. Cuando intentó hacer lo mismo con la infantería encontró una heroica resistencia, por lo que no pudo conseguir su objetivo.

A este respecto dice el historiador Rocquancourt: “Todavía no había entrado en combate la temible infantería española que formaba en un solo cuerpo, con una batería de ocho cañones en el centro. Parecía impasible en medio de la derrota general. La resistencia fue la de soldados que defendían y querían conservar su reputación de dos siglos”.

El general francés, que intentó derrotar a la infantería española, tuvo que hacer uso de sus reservas, y sólo cuando los españoles habían perdido a su caudillo, el duque de Fuentes, y gran parte de sus efectivos, emprendieron la retirada. Dice el conde de Clonard: “Se retiraron, como un león herido, con marcial continente e imponiendo a sus vencedores. Aquel día de mayo fue el último para la existencia de nuestra vieja infantería”.

Es un error repetido muchas veces en los libros de historia, aunque lo indique Clonard, de que en Rocroi se acabó el poderío de la infantería española, cuando en realidad lo sucedido fue otra cosa.

Tras la muerte del valeroso general La Fuente, la tropa no se desmoralizó, aunque no pudieran evitar la derrota. La infantería española había establecido un cuadro alrededor del cual, se formó una barrera de hombres y caballos muertos que servían de parapetos a los demás combatientes.

El príncipe Condé, jefe de las fuerzas francesas, rindió homenaje a tan brava infantería de los Tercios, hincó la rodilla en tierra, y tras rezar una oración exclamó a sus oficiales que le rodeaban: “De no haber salido vencedor en la batalla, así como este venerable soldado hubiera querido morir”.

Dicen algunos historiadores, que un parlamentario francés, seguido de un trompeta, propuso a aquella inigualable infantería española rendición con las condiciones que ella misma dictase. Y hasta refieren, que, preguntando el oficial francés a un oficial español cuántos eran los defensores de aquel cuadro, el español, que estaba herido, le respondió: “Contad los muertos”. Por lo visto, vivos eran muy pocos; mas no podía contabilizarse que en los muertos estuviesen comprendida toda la infantería española.

La capitulación se concluyó aceptando el francés todas las condiciones propuestas: desfile con los honores de la guerra, conservando todos sus espadas y equipajes; paso libre por Francia para dirigirse a España sin escolta francesa; palabra de honor de no cometer en el trayecto ningún desmán; derecho a raciones de etapa durante el tiempo que durasen las marchas, y que los prisioneros heridos se remitiesen a España conforme fuesen curando, con los mismos derechos de los sanos.

Esta batalla de Rocroi es tan digna de admiración por sus incidentes, como por la hidalguía de su epílogo. Los españoles, con sus espadas al cinto, cruzaron toda Francia por columnas de 500 hombres, a un día de distancia, sin que un momento dejaran de demostrar la más estricta disciplina y la mayor cortesía con los habitantes, a pesar de la pugna entre Francia y España que venía existiendo desde el siglo XV; es decir, dos siglos peleando casi sin tregua, sin que por eso el odio nublase el brillo de las ideas del honor. No es mi propósito hacer comparaciones entre hombres y épocas, tan sólo desmentir la especie de que en Rocroi fue aniquilada la española infantería.

El infante español jamás perdió sus cualidades nativas, que no se desmoralizan con las derrotas, ni se abaten con los sufrimientos, ni con las fatigas de la guerra; condiciones morales y físicas que no tienen otra explicación, que la que dio un soldado, al ser preguntado, cómo había podido resistir tantos días sin alimento, luchando sin descanso y abriéndose camino entre el humo y las explosiones: “No lo sé; es que en España somos así”, contestó.

Europa veía pasar los Tercios unas veces con espanto y otras con amor, pero siempre con admiración. Porque el ánimo admirado, odia o ama, pero siempre acata.

La mentira de la destrucción de nuestra infantería corrió por Europa, a la que interesaba mucho acabar con su reputación, que era el terror de los ejércitos europeos. Sin duda el triunfo francés en Rocroi tuvo importancia estratégica, al evitar la invasión de los españoles en Francia, pero nada influyó en la moral de los Tercios, como demostraron a los seis meses, el 14 de noviembre del mismo año, haciendo añicos al ejército francés en la batalla de Tutlingen, que fue un verdadero contra-Rocroi.

Pero la mentira se hizo secular en el transcurso de los tiempos, tanto que un historiador de gran fuste como Cánovas del Castillo, en su historia relativa al reinado del rey poeta, daba incluso como desaparecidos a los Tercios inmortales. ¡ Grave error, pues en dicha época todavía existían 23 Tercios! Posteriormente, el eximio Don Antonio, mejor informado, transcurridos quince años, se retracta y confiesa que los datos tomados a los historiadores extranjeros no se ajustan a la verdad, y señala que lo sucedido en Rocroi se reducía a un contratiempo importante pero que no había afectado al crédito de nuestra infantería.

En 1.640 amenazan los franceses las fronteras de Cataluña. En consecuencia se envía un ejército de 18 mil hombres bajo el mando del Conde-duque de Olivares, que exige sea mantenido y equipado por el Principado. Ello irrita a los catalanes, que se sublevan. Piden ayuda a Francia ofreciéndole a cambio terrenos, y se apoderan del Castillo de Montjuich asesinando al virrey del Principado, conde de Santa Coloma.

El general francés Brez, que se presentó con su ejército en Tarragona, optó por retirarse al comprobar la llegada de tropas nacionales al mando del duque de Maqueda, que tras comprobar la retirada francesa los persigue, dándole alcance en Perpiñán, logrando vencerle y permitiéndole recobrar todo el Rosellón.

Después de las batallas por la conquista de Lérida, perdida y recuperada hasta tres veces a lo largo de los años 1.642 a 1.645, transcurren algunos de paz hasta 1.659, en que con motivo del Tratado de los Pirineos, los franceses abandonaron Cataluña y Francia recuperó el Rosellón. En dicho Tratado se estipuló el casamiento de Luis XIV,

rey de Francia, con la infanta de España, María Teresa de Austria, hija de Felipe IV, cuyas nupcias se celebraron en 1.660.

Una vez hecha la paz de los Pirineos, Felipe IV preparó tres ejércitos para penetrar en Portugal. En un primer intento se apoderaron de algunas plazas, entre ellas Estremoz. Pero la resistencia portuguesa ocasionó muchas bajas a los españoles, que tuvieron que retirarse. Nuevamente el ejército español, ahora al mando del marqués de Caracena, marcha contra Lisboa, siendo detenido cerca de Villaviciosa por el ejército portugués, mandado por el general Marialva. Era el 6 de junio de 1.665.

Tras un enfrentamiento entre ambos se inclinó la victoria del lado portugués.

Después de tantos descalabros, España reconoce la independencia de Portugal. Meses después, el 17 de septiembre de 1.665, fallece Felipe IV, dejando por heredero a su hijo, que tomaría el título de Carlos II. Pero como sólo tenía cuatro años de edad, se le encomendó la regencia a su madre, doña María Ana de Austria, con la que el rey se había casado en segundas nupcias.

El reinado de Carlos II tiene poco interés, no sólo militar, sino incluso político. La naturaleza débil y enfermiza del monarca, atribuida a que su madre era sobrina carnal de Felipe IV, ha dejado pocos recuerdos para la historia. En 1.697 se firmó la paz de Riswich, por la que Francia cedía a España todo el terreno ocupado en Cataluña y gran parte de los Países Bajos. Esta ofrenda tenía por objeto adquirir las simpatías del pueblo español para hacer recaer la corona de España en don Felipe de Borbón, duque de Anjou y nieto de Luis XVI, al no tener descendencia Carlos II.

Efectivamente, el 1 de noviembre de 1.700 murió Carlos II, que dejaba a España muy hundida y agotada y con la perspectiva de una guerra civil por la sucesión de la corona. Aunque lo dispuesto por Carlos II era que le sucediese el Borbón, duque de Anjou, el archiduque Carlos de Austria, hijo de Leopoldo I, exigía sus derechos a la sucesión al trono español.

## **REINADO DE FELIPE V**

Aceptado por Luis XIV de Francia el testamento de Carlos II, se aprestó a preparar a su nieto Felipe para que ocupara el trono de España. Resueltos todos los problemas de protocolo, a principios de 1.701, entraba en Madrid el nuevo rey, que fue recibido con enorme entusiasmo por el pueblo.

Aunque en principio todas las potencias europeas, excepto Austria, reconocieron a Felipe V como rey de España, pronto Inglaterra y Holanda se aliaron con el emperador de Austria, temerosas del engrandecimiento de España. Ello dio lugar a una guerra en la que Austria puso en Italia un ejército de 30 mil hombres, y a la que el rey de Francia, obligado a apoyar a España, le opuso otro ejército.

Los austríacos bloquearon Mantua. Felipe V, que se había trasladado al teatro de operaciones, se situó cerca de Luzara, obligando al austríaco príncipe Eugenio a levantar el bloqueo.

Con la llegada del invierno, ambos ejércitos se atrincheraron sobre las orillas del Po y del Tanaro.

En 1.703 el ejército holandés, que intentaba expulsar a los españoles de la línea fortificada cerca de Amberes, sufrió un fuerte descalabro siendo derrotado.

Esta guerra en un principio continental y favorable a los aliados con Austria, pronto se circunscribió al territorio español, siendo conocida como de Sucesión.

Los ingleses, aprovechando que estaba desguarnecida la Península española, se presentaron delante de Cádiz con 150 velas, desembarcando tropas en el puerto de Rota, al comprobar que sus habitantes no seguían la causa del archiduque. Una vez saqueada Rota marcharon al Puerto de Santa María para continuar a Cádiz, lo que no consiguieron gracias a la defensa del marqués de Villadarias, que les obligó a reembarcar. La escuadra inglesa hubo de abandonar Cádiz y poner rumbo a Galicia.

En 1.705 se sublevaron las poblaciones de Barcelona y Valencia en contra de Felipe V. El rey puso sitio a Barcelona pero no consiguió ningún resultado, logrando en cambio hacer volver a la obediencia a Castellón y Murcia.

En 1.707 el duque de Berwick derrotó a los partidarios del archiduque Carlos en la batalla de Almansa.

A consecuencia de esta victoria, ocupó el vencedor todo el reino de Valencia tras apoderarse de Játiva, Alcoy y Alcira, que en principio se habían opuesto al Borbón.

La guerra en España tomaba diferentes derroteros, aunque la mejor parte correspondía a los partidarios de Felipe V. Sin embargo, tras la batalla de Zaragoza, don Felipe se vio obligado a trasladar su corte a Valladolid, abandonando Madrid, que fue ocupada por el archiduque. Al poco tiempo y visto el escaso afecto que le tenían los madrileños, abandonó la ciudad, volviendo a entrar en ella, el 3 de diciembre de 1.709, el duque de Anjou.

Los resultados de la batalla de Villaviciosa de Tajuña (Guadalajara) en 1.710, fueron decisivos para el establecimiento en España de Felipe V, con lo que daba comienzo el reinado de la Casa de Borbón.

En 1.712 se disolvió la Liga austríaca motivado por la muerte de José I, hijo del emperador Leopoldo, subiendo al trono de Austria el segundo hijo, que era el archiduque Carlos. Estos y otros sucesos hicieron pensar a los austríacos que la mejor solución era formar la paz entre Austria, España, Francia, Inglaterra y Holanda, con la que se ponía fin a la Guerra de Sucesión. España tuvo que ceder Gibraltar y Menorca a Inglaterra y por el Tratado de Rastadt renunciar a los Estados de Italia y Países Bajos, quedando Felipe V reconocido por todos los países como rey de España y posesiones de Ultramar.

En 1.724 el rey, que se encontraba enfermo, abdicó en su hijo retirándose al Sitio de San Ildefonso; pero la prematura muerte del príncipe ocurrida a los diez meses de subir al trono, le obligó a ceñir nuevamente la corona que tanto le había costado ganar.

Otros importantes sucesos le tocarían vivir a Felipe V. Nos referimos a la fallida reconquista de Gibraltar en 1.727 y a la expedición a Orán en 1.732. En esta ocasión,

bajo el mando del conde de Montemar, al mando de una expedición de 12 navíos de guerra y 600 naves de transporte con 20 mil hombres, se dirigieron a Orán, que continuaba en el poder de los moros desde la ayuda que le prestó Inglaterra durante la Guerra de Sucesión española. El 29 de junio desembarcaron los españoles en la cala de las Aguadas.

Tras sangrientos combates que tuvieron lugar al día siguiente, los moros evacuaron Orán, que fue ocupado por los españoles hasta el 1 de agosto, en que tras dejar una guarnición al mando del marqués de Santa Cruz, regresaron a España. Los moros, no satisfechos con los resultados, vuelven al ataque. Fue entonces cuando don Alvaro de Navia Osorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado, para escarmentarlos, decidió el 21 de noviembre realizar un fuerte ataque que derrotó a los moros completamente. Por este acto de valentía España hubo de pagar el alto tributo de que en dicho combate perdiera la vida el ilustre marqués.

El 11 de julio de 1746 falleció Felipe V, dejando la corona a su hijo don Fernando, que reinaría con el título de Fernando VI.

## **REINADOS DE FERNANDO VI, CARLOS III Y CARLOS IV**

Sin marcado interés militar transcurre el reinado de Fernando VI. Continuaron las operaciones militares en Italia, hasta que cansadas de la guerra las potencias beligerantes, celebraron un Congreso en Aquisgrán en el cual acordaron la paz. La nota fundamental del reinado de Fernando VI fue la neutralidad frente a las potencias europeas, haciendo oídos sordos a las proposiciones bélicas que le hacían tanto Francia como Inglaterra.

Con la adhesión a la paz de Aquisgrán celebrada en 1748, se puso fin a la pretendida Sucesión austríaca. Esto permitió a España dedicarse a su reéuperación, bajo la dirección de dos hábiles ministros, José de Carvajal y Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada. Un hecho muy destacado en la política internacional de España fue la firma en 1750 del Tratado de Madrid, entre España y Portugal. Tres años después se firmó un Concordato con la Santa Sede, que tenía por objeto poder proveer beneficios eclesiásticos.

Falleció Fernando VI el 10 de agosto de 1759 sin dejar sucesión, por lo que la corona recayó en su hermano don Carlos, que siendo rey de Nápoles cedió dicho reinado a su hijo Fernando, quedando libre de ocupar el trono de España.

Por medio del llamado Pacto de Familia, denominación de las alianzas establecidas entre monarcas de las ramas borbónicas de Europa, principalmente España y Francia contra Inglaterra, Carlos III se empeñó en una guerra que duraría siete años.

Inglaterra, para vengarse de esta alianza, envió una escuadra de 20 mil hombres contra Cuba, que como todas las posesiones españolas de Ultramar estaba mal guarnecida. A mediados de junio de 1762 desembarcaron al Este de la Isla, apoderándose del Castillo del Morro, llave de La Habana y posteriormente la plaza y fuerte de Puntales, a pesar de la heroica resistencia de los defensores. También envió Inglaterra otra escuadra contra Filipinas apoderándose de Manila. Al año siguiente, por el Tratado de Fontainebleau, ratificado el 10 de febrero de 1763, restituyeron a España Manila y los territorios cubanos, a cambio de cederle La Florida.

En el año 1.779 se le ofreció a España la oportunidad de rebajar el orgullo de Inglaterra al producirse la sublevación de las colonias inglesas en América, que quisieron sacudirse el yugo de la metrópoli.

Esta situación le permitió a Carlos III ordenar rescatar Mahón, e intentar recuperar Gibraltar. Del intento de recuperar esta última plaza, comenta el conde de Clonard lo siguiente en su "Historia orgánica de las armas": "La España puede ser rica y poderosa materialmente sin Gibraltar; pero su grandeza moral depende de la reconquista de esta plaza. Durante doce siglos se ha desconocido la importancia de este colosal peñasco, y en los dos últimos sólo se ha pensado o en deplorar su pérdida o en repararla".

En cuanto al ataque sobre Mahón, la expedición mandada por el duque de Crillon tuvo más fortuna que la del almirante Lángara sobre Gibraltar, que pronto pudo apoderarse de toda la isla de Menorca exceptuando el fuerte de San Felipe, donde se encerró el gobernador inglés. Transcurridos ocho meses de obstinada resistencia, el 4 de febrero de 1.782, toda la isla volvió a formar parte de los dominios españoles.

Muy interesado Carlos III en recuperar Gibraltar, se ocupó de darle impulso al sitio. A tal fin, fue nombrado para atacarla por tierra al duque de Crillon. Se construyeron, además, unas baterías flotantes con el objeto de atacar el muelle del Peñón y abrir brecha por donde pudieran introducirse las tropas de desembarco que se lanzarían al asalto.

Este ataque dio comienzo el 13 de septiembre de 1.782. Las baterías flotantes se situaron a unos 500 metros de la plaza y con sus fuegos consiguieron abrir brecha. Rápidamente, el gobernador Lord Eliot, al apreciar el inicial éxito de los españoles, ordenó a la artillería inglesa el empleo de balas rojas contra las baterías flotantes. Tan eficaz fue el tiro, que la mayoría fueron alcanzadas comenzando a arder y a hundirse.

Para colmo de males se originó una furiosa tempestad que obligó a los españoles a abandonar aquellas aguas. Todas estas acciones tuvieron lugar durante un mes.

La Gran Bretaña, después de lo ocurrido en Gibraltar y cansada de guerrear, brindó a España y Francia la paz, que fue aceptada y suscrita por el Tratado de Versalles, el 20 de enero de 1.783.

Durante el año 1.783 y al objeto de escarmentar a los argelinos por los frecuentes insultos a la bandera española, se le ordenó a la escuadra bombardear Argel, lo que no le fue posible realizar a causa del mal tiempo. Pero ante la insistencia de Carlos III en mandar todos los años una escuadra contra Argel, les hizo entrar en razón y solicitar un Tratado de paz, gracias al cual permitió a las costas españolas verse libre de aquellos piratas.

El 14 de diciembre de 1.788 falleció Carlos III. Fue un reinado con bastantes éxitos gracias a los excelentes colaboradores, Floridablanca, Campomanes y el conde de Manda entre otros, aunque dejó un extraño y mal recuerdo con la expulsión de una de las más ilustres ordenes religiosas de España, la Compañía de Jesús, a la que persiguió hasta conseguir que el Papa Clemente XIV decretara su extinción en todo el mundo.

En los primeros tiempos del reinado de Carlos IV, hijo y sucesor de Carlos III, también tuvo como su padre excelentes colaboradores que posteriormente fueron destituidos al encumbrarse Godoy.

Declaró la guerra a la Francia revolucionaria y antimonárquica, a pesar de que el conde de Aranda aconsejaba la neutralidad. La declaración de guerra se hizo el 23 de marzo de 1.793. Un ejército español numeroso al mando del eficaz general Ricardos invadió el Rosellón francés. Al principio este ejército logró algunas victorias sobre los franceses, aunque no le fue posible apoderarse de Perpiñán. El general Ricardos desalojó a los republicanos de Thuir, Masdeu y posteriormente Bellegarde, continuando el avance hasta rendir la resistencia francesa, apoderándose de Canoes, el 7 de julio.

El general español, al objeto de ensanchar más su órbita de operaciones, mandó al general Crespo que se apoderase de Villafranca y Adorno, lo que consiguió tras duros combates. A pesar de estas victorias, el general Ricardos comprendía que para mantener las ventajas obtenidas era preciso conquistar Perpiñán, por lo que se dedicó a poner en práctica este pensamiento.

Pero la desgracia comenzó a perseguir a los españoles cuando el gobierno republicano francés decidió que debía reforzar su ejército para evitar más derrotas.

Por el contrario, los españoles recibían escasos refuerzos y los que llegaban lo hacían con retraso.

El general Dagobet reunió sus tropas y atacó con energía la línea española de Thuir y Masdeu, destacando al mismo tiempo un grueso ejército a la frontera de Cataluña al objeto de cortar la retirada española.

Después de esta batalla, conocida como de Trullás, los franceses siguieron recibiendo numerosos refuerzos en armas y personal, mientras que Ricardos no tuvo más remedio que retirarse a Buló y Bellegarde, donde pudo sostenerse a pesar de los ataques. No abandonó el general español la idea del ataque y tras operaciones secundarias, que le fueron favorables, volvió a hacerse dueño de sus avanzadas líneas, limpiando de enemigos las cumbres de los Pirineos Orientales, aunque no pudo apoderarse de Perpiñán por la escasez de recursos.

Durante este mismo año 1.793, el general Caro pudo pasar el Bidasoa, logrando que los republicanos franceses sufrieran algunos descalabros, entre otros, la pérdida de la fundación de armas de Baygorry.

En 1.794 fallece el general Ricardos, al que sustituye O'Reilly, que también falleció antes de tomar el mando, sustituyéndole el Marqués de las Amarillas, que no tuvo fortuna en su primera actuación, ya que en vez de adoptar un plan de ofensiva, se limitó a defender lo conquistado, situación que aprovechó el general francés Dagobert para comprometerla retaguardia española, apoderándose de Montella y Seo de Urgel, con lo que logró conquistar la línea del río Segre. Como el de las Amarillas no reaccionó, el general francés continuó su avance y el 17 de abril de 1.794 se apoderaba de Palau, que era el punto en el que se apoyaba la derecha de los españoles.

A consecuencia de estos desastres fue relevado el de las Amarillas por el conde de la Unión, "hombre de gran corazón —como indica Cándido Varona— pero poco capaz para la empresa que se le confiaba".

Los franceses, deseosos de romper el centro de las líneas españolas, tras destruir las comunicaciones con Bellegarde, se apoderaron de las alturas de Montesquieu y la Trompeta, interceptando las comunicaciones con Bellegarde, lo que elevó la fuerza moral de los franceses.

El conde de la Unión ordenó la retirada, que se verificó con gran desorden al haberse apoderado el pánico de sus fuerzas. A pesar de ello, lograron alcanzar la línea que unía Espollá y Rabos con la montaña de la Magdalena.

Los franceses lograron apoderarse de Bellegarde, lo que obligaba al conde de la Unión a dar un ataque general; pero cuando se proponía a hacerlo el 17 de noviembre, se adelantaron los franceses, y tras un combate de tres días, los españoles tuvieron que retirarse a Gerona. En este combate murieron el general Dugommier y el conde de la Unión.

De manera tan lamentable para las armas españolas dio fin la campaña de 1.794 en los Pirineos Orientales.

Al año siguiente, en los Pirineos Occidentales, aunque no lograron ventajas materiales, los españoles, al menos, no sufrieron derrotas a pesar de los muchos combates sostenidos con los franceses. En vista de estos favorables sucesos, el general José Urrutia concibió el proyecto de invadir el Condado de Foix; pero al poco tiempo de ponerlo en ejecución y cuando los españoles triunfaban sobre los franceses, el 22 de julio de 1.795, se dio orden de paralizar las operaciones al haberse suscrito la paz de Basilea. Ruinoso tratado para España, por el que perdimos la parte española de la Isla de Santo Domingo, aunque le valió a Godoy y Álvarez de Faria el título de Príncipe de la Paz.

Dos años después, en 1.797, el almirante Nelson, con una poderosa escuadra bloqueará Cádiz. Aunque escarmentado de ocasiones anteriores, pronto levantó el bloqueo y se dirigió a Canarias.

Entramos en el siglo XIX. Napoleón, deseoso de aislar a Inglaterra, necesitaba que Portugal no ayudase a la Gran Bretaña, para lo cual consiguió que Godoy conquistara dicho país, lo que llevó a cabo gracias a la conocida Guerra de las naranjas y al Tratado de Badajoz el 6 de junio de 1.801.

Nuevamente se encendió la guerra entre Francia e Inglaterra. España que en un principio permaneció neutral, cambió de opinión ante el robo que Inglaterra cometió el 5 de octubre de 1.801, apoderándose en el Puerto de Santa María de cuatro fragatas que venían de América cargadas de oro.

Siendo Napoleón emperador de los franceses en 1.804, y consagrado por el Papa Pío VII, intentó desembarcar en Inglaterra valiéndose de la estratagema de atacar la Martinica y cuando acudieran los ingleses, volver al Canal de la Mancha derrotarlos y realizar el proyectado desembarco. A tal fin, se le unió la escuadra española mandada por el almirante Gravina, aunque el grueso de la flota la mandara el almirante francés Villeneuve, hombre poco decidido para tamaña empresa. La escuadra franco-española zarpó a mediados de mayo de 1.805 en dirección a la Martinica. Cuando Villeneuve supo que Nelson se encontraba por aquellas aguas dio la vuelta, cometiendo el error de no conseguir atraer al mayor número posible de barcos ingleses. Desconociendo el camino de vuelta, tuvo que resolverlo Gravina, que se dirigió al Ferrol para recoger

algunos buques y luego marchar al Canal de la Mancha para proteger la flota que había quedado en Bolonia. El almirante Villeneuve volvió a equivocarse el rumbo, dando lugar con este retraso a tener que enfrentarse a la escuadra inglesa a la altura del Cabo Finisterre y posteriormente refugiarse en Vigo.

Cuando ninguna razón lo aconsejaba, el almirante francés, contra el dictamen de Gravina, que ya había advertido al gobierno español la conveniencia de relevarlo, leyó anclas y pocos días después, el 19 de octubre de 1.805, tuvo lugar el combate de Trafalgar, en el que murieron Gravina y Churrua. Ambas escuadras sufrieron pérdidas considerables: 17 navíos, 2.500 hombres y gran parte de los oficiales fueron las pérdidas de la escuadra franco-española.

Carlos IV abdicó la corona en su hijo Fernando, el 19 de marzo de 1.808, tras haber padecido numerosos conflictos familiares.

## REINADO DE FERNANDO VII

Napoleón, conocedor del lastimoso estado en que se hallaba la corte española, se dispuso a realizar su gran sueño de apoderarse de la Península Ibérica.

Dada la confusa situación existente en la Corte de España, consiguió con engaños atraer a Carlos IV y a Fernando VII a Bayona. Después de unas tempestuosas entrevistas entre padre e hijo, Fernando VII renunció al trono a favor de su padre, quien a su vez abdicó en Napoleón. Como consecuencia fue designado rey de España José I, hermano del emperador, mientras Fernando VII permanecía prisionero en Valencay.

Napoleón I Bonaparte fue nombrado emperador en 1.804, siendo consagrado por el Papa Pío VII, atribuyéndosele la siguiente frase: “Ya que el Papa ha ungido mi frente como emperador no falta nada. A su cuidado permaneceré más seguro que ninguno de los Borbones”.

El único individuo que de la familia real quedaba en España era el infante don Antonio, pues todos los demás habían sido exiliados con engaño.

Cuando el 2 de mayo de 1.808 los franceses intentaban enviar al infante a Bayona se opuso el pueblo madrileño, siendo repelidos con fuego de fusilería por la guardia francesa. Así empezó la cruel y desigual lucha. El eco del 2 de mayo resonó en toda España, levantándose el pueblo en masa contra los franceses.

A consecuencia de la desgraciada batalla de Medina de Ríoseco, el general Bessieres logró dejar expedito el camino de los franceses hacia Madrid, en donde hizo su entrada José I, en julio de 1.808.

Pero ocho días después, dada la actitud del pueblo, tiene que abandonar la capital y refugiarse en Vitoria.

Anteriormente tendría lugar la batalla de Bailén, en la que dueño Murat de Madrid, mandó a Dupont a sofocar el levantamiento en Andalucía, dirigiéndose al propio tiempo sobre Cádiz para liberar a la escuadra francesa, mandada por Roselly, que estaba detenida en dicha ciudad.

El 13 de mayo de 1.808 salió Dupont en dirección a Andalucía al mando de dos divisiones, una de infantería, otra de caballería y dos regimientos suizos. En total, 11 mil infantes y 1.400 jinetes. Le cubría la retirada las divisiones de los generales Vedel y Teore.

Tras vencer la resistencia del puente de Alcolea, los franceses entraron en Córdoba el 7 de junio, saqueándola. En todas partes los paisanos atacaban como podían a los franceses, librándose incluso luchas callejeras.

El general francés, temeroso de la actitud de las masas y ante el temor de ver interceptado Despeñaperros, se replegó sobre Andújar, no sin antes ocupar Jaén el día 20, que también fue saqueada.

Entretanto, el 6 de junio de 1.808, la Junta Suprema de Sevilla encargó al general Javier Castaños la formación de un ejército, reclutado entre las gentes que acudían de todas partes. El general estableció su cuartel general en Utrera, formando un ejército de 25 mil infantes, 2 mil jinetes y 60 piezas de artillería. Aunque la instrucción y el armamento de este ejército era bastante inferior a la de los franceses, la moral era muy elevada.

Los españoles se repartieron en cuatro divisiones. La primera mandada por Teodoro Reding, que emprendió la marcha el 14 de julio hacia Mengibar; la segunda con el marqués de Coupigni, que se dirigió hacia Villanueva de la Reina; la tercera y cuarta mandadas por los jefes Jones y La Peña, acompañaron a Castaños hacia Andújar.

Los 2 mil hombres que constituían los cuerpos volantes mandados por el coronel Cruz Mourgeon y el marqués de Valdecañas debían maniobrar sobre el flanco derecho del ejército francés.

Al amanecer del día 15 de julio, Castaños con dos divisiones se desplegó sobre los Visos, dominando el puente que en Andújar existía sobre el Guadalquivir, y allí permanecieron a pesar del intenso calor y la escasez de agua.

Cuando el general Dupont se dio cuenta estaba cercado. Por el frente, Castaños, Reding por el flanco y de revés por los cuerpos volantes. En la noche del 18 de julio, decidió Dupont retroceder a Bailén pero se vio detenido por las avanzadillas de Reding.

Empezó el combate con un fuego terrible. Dupont dispuso el ataque a la derecha de los españoles en donde se hallaba Coupigni, que no retrocedió e incluso repelió el ataque.

Dupont, viendo que no le llegaban los refuerzos pedidos a Vedel y que Castaño aparecería pronto con sus fuerzas por la espalda, ordenó un furioso ataque a la izquierda española para ponerse a cubierto de los cuerpos volantes de Cruz Mourgeon. Los franceses, que fueron rechazados, no tuvieron más remedio que retroceder hasta cerca del río Herrumblar.

En la mañana del 19 de julio de 1.808, al observar Castaño la retirada de Dupont, mandó al general La Peña que le atacase, pero cuando éste llegó a tomar contacto con las fuerzas de Dupont, el francés se hallaba capitulando el final de la batalla.

Vedel, para no seguir la suerte de Dupont, se retiró a Santa Elena, pero al llegar allí recibió la amenaza de que si no se rendía quedaría rota la capitulación con Dupont y fusilados todos sus oficiales.

Entregó Vedel sus armas y quedó en iguales circunstancias de prisioneros. El resultado final fue el embarque en Cádiz de los supervivientes franceses en dirección a su país.

La intención de Napoleón era ocupar Andalucía. Los puertos andaluces estaban íntimamente vinculados a las tierras americanas, y en Cádiz se encontraba detenida una importante escuadra francesa, aunque Gibraltar podía ser la cabeza de puente que permitiese la entrada de refuerzos ingleses.

La importancia de Sevilla, considerada en la época como la tercera ciudad europea, inducía a Napoleón a considerar Andalucía como la clave de la conquista de España. Para tal acción disponía de un Cuerpo respetable de tropas seleccionadas, a cuyo frente puso al invicto General Dupont.

Nota curiosa en la organización de los ejércitos españoles fue la falta de vestuario y de cartuchera. Lo primero se resolvió entregando a unas unidades calzones, casacas y sombreros, y a otras, gorras, pantalones y chaquetas. Las cartucheras fueron suplidas con saquitos de lienzo, confeccionados por las mujeres de Utrera.

Pero hay un hecho que por sevillanismo no podemos dejar de reseñar, y es que en aquella memorable revista militar formaba un escuadrón de cuatrocientos jinetes con largas picas, que hacían recordar al famoso cuadro de Velázquez, y que se hacía resaltar no sólo por la clase de los caballos, sino por la vestimenta de sus jinetes. Caballos de hermosa estampa con jaeces de puro gusto andaluz, estribos vaqueros y mosqueros de madroños. Los caballeros, cubiertos con sombrero de los llamados franciscanos, traje campero con faja y calzonas ajustadas y pañuelo de color anudado al cuello. Cuchillo de monte en la faja y larga garrocha cambiada la puya por hoja de lanza.

Mandaba tan original hueste el valeroso capitán don Miguel Cherif, que caería más tarde mortalmente herido al frente de sus “garrochistas” en una de sus famosas cargas en la batalla de Bailén.

Por otra parte, encontramos numerosas opiniones sobre la actuación de la Artillería que valoran su enorme importancia, y entre ellas no tiene desperdicio ha de Camilo Vacani: “No habían acabado de emplazarse las seis piezas francesas, cuyos primeros disparos no hicieron efecto alguno, cuando, blanco de la excelente Artillería de los españoles, perfectamente situada y dirigida, caían por tierra desmontadas dos de las piezas francesas y muertos o heridos muchos de los artilleros franceses que las servían.

Viendo el general francés sus piezas desmontadas, retrocedió a sus posiciones del desfiladero, dejando dos inutilizadas y un número considerable de muertos. “Este primer episodio influyó poderosamente en el resultado de la batalla de Bailén”, añade Arteché. En el segundo ataque que prepararon los franceses, “serían las cinco de la mañana cuando las tropas francesas de Artillería rompieron el fuego para proteger la formación de los suyos. No fueron muchos los disparos que pudo hacer, pues la lluvia de proyectiles que arrojaron sobre ella los cañones de Reding no sólo acalló su fuego, sino que la imposibilitó inmediatamente para todo movimiento ofensivo y aun para la protección a las tropas de su línea”.

La distribución de esta artillería, siguiendo el testimonio de Arteché, era: “A la derecha, la batería mandada por el capitán don Tomás Jiménez de Zenarbe, con los subalternos don José Escalera, don Alonso Contador y don Vicente González Yebra; la del centro, sobre la carretera, por el teniente don Antonio Vázquez, y la de la izquierda, mandada por el capitán don Joaquín Cáceres y los tenientes Dolagaray y Fulgencio del

Toro y apoyada por una Compañía de Ingenieros mandada por el capitán don Pascual de Maupoey”.

Tras el quinto ataque francés sin que las tropas de Dupont consiguieran mermar la capacidad y el valor de los españoles, el general francés quedó convencido de que era imposible vencerlos ni tan siquiera reanudar la lucha, ya que tenía más de dos mil muertos, la Artillería desmontada y los Oficiales y soldados que le quedaban, sumidos en la más honda desesperación.

Sólo nos queda reseñar el hecho anecdótico que refleja la personalidad de cada individuo en las frases que se cruzaron entre Dupont y Castaños con motivo de la capitulación y que la historia nos ha legado:

—He aquí mi espada, con la que he vencido en cien batallas —dirá Dupont.

—Pues, General, esta es mi primera victoria —contestaría Castaños.

Cuando Castaños habla de la “admiración de ambos Ejércitos”, nos salta a la memoria una anécdota que gustaba referir el general Reding: Durante las negociaciones de ambos ejércitos para asentar las bases de la Capitulación, conducía uno de nuestros oficiales a un parlamentario enemigo —Jefe de Escuadrón de la Artillería francesa— que desde su campo pasaba a conferenciar con el general Castaños. Llevaba, como era costumbre, los ojos vendados, y como durante la marcha hablaron acerca de los incidentes de la acción, dijo el francés: “Ustedes han tenido la ventaja de la excelente Artillería inglesa, que tan buenos servicios les ha prestado”. Una casualidad hizo que esta conversación ocurriera cuando pasaban cerca de una batería española, donde se hallaban reposando de las gloriosas fatigas de aquellos días los artilleros que la habían servido. Eran soldados medio desnudos en su mayoría, con los uniformes destrozados, tostados por el sol y negros por el humo de la pólvora. El oficial español no desperdició la ocasión para replicar al francés tras quitarle la venda de los ojos: “He ahí los artilleros ingleses”.

A principios de octubre de este año, desembarcaron en Santoña y Santander 8 mil soldados españoles que regresaban tras dos años de combatir a favor de los franceses en el Norte de Europa, bajo el mando del marqués de la Romana. La actitud valerosa y sufrida de estos combatientes, comparable a la de los antiguos Tercios, hizo exclamar al ministro del rey de Baviera, Maximiliano I: “Comprendo las grandes hazañas de los ejércitos de Carlos V, y veo que estos soldados son capaces de repetir las”.

Las fuerzas del marqués de la Romana salieron de España en 1.806 y constituían un ejército de 15 mil hombres, entre infantería, caballería y artillería. Cuando supieron en 1.808 los planes de Napoleón en contra de España decidieron abandonar aquellos países y venir en socorro de la Patria.

Intronizado José Bonaparte como Soberano de los españoles, aunque en realidad nunca fue dueño de más terreno que aquel que pisaban sus tropas, los franceses ocupaban las más importantes ciudades españolas. Esta situación se mantuvo hasta

1.814, en que los últimos reductos franceses fueron derrotados en los combates de Ortez y Tolosa y abandonaron definitivamente España.

En este año de 1.814 vuelve a la Patria Fernando VII tras permanecer prisionero en Valencay. Su llegada a Madrid fue acogida con gran entusiasmo, siéndole aplicado el apelativo de Deseado. Su primera decisión fue declarar nula la Constitución de 1.812 y las disposiciones de las Cortes de Cádiz. A partir de entonces su reinado fue una pugna entre los principios constitucionales, que tuvo que aceptar a la fuerza tras la sublevación de Riego en 1.820, y la reacción absolutista lograda con la llegada del duque de Anguleme y sus tropas en 1.823.

Con la boda de Fernando VII con su sobrina María Cristina de Nápoles, ésta consiguió que su marido derogase la Ley Sálica, puesta en vigor por Felipe V. Así, al nacer su hija Isabel sería la sucesora al trono. Este hecho originó la lucha entre el hermano del rey, don Carlos y la reina Isabel.

A la muerte de Fernando VII, ocurrida el 29 de septiembre de 1.833, quedó como tutora y gobernadora durante la minoría de edad de Isabel, su madre María Cristina.

## REINADO DE ISABEL II

A la muerte de Fernando VII los partidarios de las reformas hicieron causa común con los de la reina niña. En cambio, los seguidores al antiguo régimen se declararon a favor del infante don Carlos.

La reina regente María Cristina, influenciada por sus asesores, abrió las puertas de la patria a los emigrados de 1.823, lo que dio pie para que los partidarios de don Carlos se levantaran en armas contra el gobierno; pero estas partidas fueron fácilmente vencidas por el ejército. Cuando parecía que la causa carlista no prosperaría, se puso al frente de ellos el general Tomás de Zumalacarregui, que eligió para lugar de sus operaciones las provincias Vascongadas y Navarra, que eran muy adictas a la causa carlista, y además, terreno muy conocido para él.

Este general, gran organizador, fue el que dio moral al ejército carlista. Su opositor en el ejército liberal sería el general Córdoba.

La situación de ambos ejércitos en el año 1.836 era la siguiente: Los carlistas disponían de 30 mil hombres bien armados, mantenían buenas comunicaciones con Francia de donde recibían toda clase de socorros. Exceptuando las capitales de Bilbao y San Sebastián en poder de los liberales, los carlistas disponían del terreno que partiendo de la frontera francesa se extendía por Irurzun, Estella, Los Arcos, Villarreal, Peña de Orduña, para finalizar en el Cantábrico junto a Somorostro.

El ejército liberal contaba con 130 mil hombres, pero de ellos sólo 40 mil para hacer frente a los carlistas, ya que el resto estaban empleados en guarniciones y destacamentos. Tenía abundante caballería y artillería y era superior en número y organización.

El plan del general Córdoba, una vez cortadas las comunicaciones carlistas Con Francia, era aislarlos en las montañas evitándoles ocupar las llanuras.

No es necesario extendernos en las operaciones militares que se produjeron en esta guerra civil, al no ser el objeto de nuestro trabajo, y existir relatos muy explicativos sobre las batallas, que pueden ser conocidos por quienes así lo deseen.

Los agravios que las tribus moras de Anghera venían ocasionándole a España desde hacía tiempo, se hubieran seguido padeciendo en nuestra Patria, a no ser porque el general O'Donnell, con gran visión patriótica, declaró la guerra a los moros.

Ceuta fue la base de operaciones. En ella se establecieron la administración, almacenes en general, los parques de artillería y Sanidad y los hospitales. Además en los Campamentos del Otero, el Serrallo, Concepción y Sierra Bullones, los reclutas podían aclimatarse a la penosa vida de la guerra, al duro clima y al fuego del enemigo.

Con su ejército, O'Donnell pudo dominar las alturas de Castillejos y realizar una atrevida marcha por la costa, para alcanzar el valle de Tetuán.

El día de la Candelaria, tras celebrarse la Misa de Campaña, el general O'Donnell verificó un reconocimiento detallado del campo enemigo, explicando a sus subordinados el camino a seguir para evitar los terrenos batidos y señalando los campamentos que debían asaltar.

Con el plano topográfico del terreno a la vista, O'Donnell expuso su plan de batalla. Este consistía en batir con la artillería el campamento enemigo y atacarles a la misma vez, de frente y de flanco.

La amanecida del 4 de febrero de 1.860 no era la más a propósito para iniciar el ataque. Un cielo encapotado y una ligera llovizna parecía contrario para dar la batalla. Pero por fortuna cambió el viento y el sol volvió a brillar. A las 9 de la mañana el ejército de O'Donnell pasaba el río Alcántara por los cuatro puentes, construido por los ingenieros.

El ejército moro estaba apercebido. Su campamento estaba defendido por una fuerte trinchera, la bien artillada torre de Geleli, unos 40 mil hombres y la renombrada caballería negra, mandados por Muley-el-Abbas, que tenía a sus ordenes a Muley-Hamet, además de los generales Caid-Omar y Benhuda.

Los españoles inician el avance en el mayor silencio. A las 10 de la mañana todavía no había sonado un solo disparo, cuando una lancha cañonera, que avanzaba por el río Martín, realizó un cañonazo, que fue la señal de comenzar la batalla.

El avance español continuó hasta colocarse las tropas españolas a un kilómetro de las trincheras moras, en cuyo momento, 16 cañones comenzaron su fuego sobre el campamento. Las baterías moras realizan eficaz contrabatería.

La orden de asalto ofreció un terrible espectáculo. Los soldados caían barridos por la metralla enemiga, pero sobre sus cadáveres pasaban otros que asaltaban las trincheras enemigas.

Cuando el sol comenzaba a descender, los soldados españoles lograban encender las primeras hogueras en la Alcazaba y baterías de Tetuán.

Después de esta magnífica victoria y una vez conquistada la Ciudad Santa, el enemigo pidió la paz.

Transcurrido un año, en marzo de 1.861, la isla de Santo Domingo en el mar de las Antillas, descubierta por Colón que la bautizó como la Española, proclamó su anexión a España por el deseo de los propios dominicanos. Naturalmente, el gobierno español acogió con entusiasmo esta decisión, no sólo por la situación con las islas de Cuba y Puerto Rico, sino por la importante bahía de Samaná, posición estratégica de aquellos mares y llave del golfo de Méjico.

Pero la frivolidad de las gentes hizo que cambiasen de opinión, y en 1.863 los mismos que habían pedido la anexión a España se sublevaban contra la dominación española. El motivo que se adujo fueron los desaciertos políticos y administrativos españoles, dando comienzo a una especie de guerra civil de la que no salieron triunfantes las armas españolas por la escasez de recursos y lo mal concebida que estuvo la guerra.

En vista de las numerosas bajas que recibió el ejército español, el gobierno ordenó abandonar la isla en junio de 1.865.

Finalizaremos este modesto resumen histórico-militar con la inclusión de dos fechas memorables en la historia militar de Europa durante estos años. Aunque en las batallas que vamos a resumir no figurase el ejército español, sí en cambio recibió muchas enseñanzas de la nueva forma de emplear las armas y combatir con mayor modernidad.

Comenzaremos por el enfrentamiento entre Austria y Cerdeña a mediados del siglo XIX.

## **LA CAMPAÑA DE ITALIA DE 1.859: SOLFERINO Y SADOWA**

Es la lucha entre Austria y La Cerdeña. Se disputaban por sufragio el antiguo derecho de herencia y las modificaciones para nuevos derechos. En esta discusión entre ambas potencias, intervino Francia, declarándose partidaria de La Cerdeña.

Aunque en esta guerra no intervino España, le sirvió al ejército español para mejorar sus conocimientos guerreros y hacer importantes reflexiones sobre la guerra moderna y las nuevas armas.

Las fuerzas que se enfrentaban fueron las siguientes: Austria formó con dos ejércitos, uno compuesto por los regimientos de la región Lombardo-Veneto, y el otro con tres Cuerpos de Ejércitos. En total formaban 130 mil hombres. Para dirigir este ejército fue nombrado General Jefe el conde Giulay y como Jefe de Estado Mayor al coronel Kuhn.

Las fuerzas aliadas la constituían: por la Cerdeña 80 mil infantes y 10 mil caballos, además de numerosos voluntarios italianos que constituyeron brigadas de cazadores, la de los Alpes, mandada por Garibaldi y la de los Apeninos, a las ordenes de Ulloa.

Francia, en su intervención, aportó seis Cuerpos de Ejército, a las ordenes de diferentes generales, entre los que se encontraban el mariscal Baraguay, el general Mac-

Mahon y el general Niel. Todos ellos a las ordenes de Napoleón. El total de fuerzas disponibles eran 140 mil infantes, 10 mil caballos y 350 piezas de artillería.

En esta campaña se utilizaron medios modernos, como por ejemplo, carabinas y cañones rayados, el telégrafo eléctrico y, además, los austríacos dispusieron de lanzacohetes, que aunque faltos de dirección, resultó un arma muy desmoralizadora para el enemigo.

El 26 de abril de 1859 comenzaron a moverse los ejércitos, y el día 29 los austríacos pasaban el río Tessino por el puente de Gravellone, cerca de Pavía. Hasta dicho día no comenzaron los franceses a efectuar la reunión con los de la Cerdeña.

El ejército austríaco cometió el error de no atacar en masa sobre su adversario antes de que hubieran llegado a reunirse.

Los austríacos maniobran con incertidumbre, y aunque avanzaban, los aliados se concentraron entre Tortona y Casale, esperando la llegada de Napoleón que se incorporó el 12 de mayo, logrando llegar a Alejandría el 19, incorporándose a estas fuerzas la Guardia Imperial.

El 20 de mayo tuvo lugar el combate de Monte-Bello. Tras los naturales reconocimientos y estudios del terreno y del enemigo, la división austríaca del general Urban llegó a Casteggio, defendida por escasas fuerzas de la Cerdeña, ocupándola tras un ligero tiroteo. Viendo las facilidades que le permitía el enemigo, siguió avanzando hacia Ginistrello, donde fue detenido por la caballería sarda. Pero el ala izquierda de los aliados, en furioso ataque, hizo replegarse a los austríacos, que lo hicieron sobre el Monte-Bello. Este combate, que fue encarnizado, obligó a los austríacos a retirarse sobre Casteggio.

Después de los combates de Monte-Bello, los aliados tomaron la ofensiva siendo el propio Napoleón quien la condujo. Después de dos combates delante de Palestro, continuó su aproximación al río Tessino, que recorriendo Suiza e Italia, atraviesa el lago Mayor, proponiéndose Napoleón atravesarlo el 4 de junio. Para tal fin, envió el Cuerpo de Ejército del general Mac-Mahon, seguido por un ejército sardo hacia Magenta.

Al mismo tiempo que la división de granaderos de la Guardia Imperial se apoderaba del puente de Buffalora, en la orilla izquierda del Tessino, el Cuerpo de Ejército del mariscal Caurobert avanzaba por la orilla derecha para atravesar el río por el mismo punto.

Al tener noticia los austríacos de que los franceses pensaban atravesar el río Tessino en Turbigio, ordenaron pasar otra vez el río a los tres Cuerpos de Ejército, los cuales, una vez que lo hicieron, incendiaron los puentes y se encontraron frente a Napoleón. La situación era crítica para los franceses, ya que el emperador sólo contaba en aquel momento con una división de granaderos de su guardia, mientras los austríacos disponían de más de 100 mil hombres.

El primer envite austríaco ocasionó a los franceses numerosas pérdidas, entre ellas, muertos y heridos, los generales Mellinet, Cler, Wimpfen y otros jefes.

Tras cuatro horas de combate, recibió Napoleón los refuerzos de las tropas del mariscal Canrobert y las divisiones de los generales Vinoy, Renault y Trochu.

Los austríacos, al verse atacados por su frente e izquierda, dirigieron la mayor parte de sus fuerzas contra Mac-Mahon, que se encontraba delante de Magenta. En aquel momento de ataque general, el general Auger ordenó colocar toda su artillería en

batería para atacar de flanco a los austríacos, logrando con ellos hacer una espantosa carnicería.

El combate en Magenta fue muy reñido. Los austríacos lo defendieron con gran valor al comprender que era la clave de la posición, pero no pudieron evitar que, al caer la noche, el ejército francés quedara dueño del campo de batalla, retirándose los austríacos tras dejar abandonado numeroso material y bagajes.

El 8 de junio Napoleón hacía su entrada en Milán, mientras que su ejército se apoderaba de la Lombardía. Los austríacos se replegaron al río Mincio, afluente del Po, apoyándose en el cuadrilátero constituido por las fortalezas militares de Peschiera y Verona al norte y Mantua y Leguago al sur, decidiendo volver a la iniciativa atacando a los aliados. Pensaban que en caso de victoria obligarían al enemigo a repasar el río Tessino, y en caso de derrota podían encerrarse en aquella inmensa fortaleza. El ejército austríaco, que había recibido refuerzos, pensó realizar una vigorosa ofensiva que le permitiera obtener la victoria, fijando como fecha el día 23 de junio de 1859, para efectuar el paso del río Mincio.

Napoleón ordenó al mayor Appel que, con un escuadrón de Húsares del Emperador, otro de Ulanos de Suecia y una batería a caballo, reconocieran el país y situaran al enemigo. Como no se encontraron columnas importantes, el 24 de junio por la mañana, se encontraron ambos ejércitos, iniciando los aliados un ataque general sobre las líneas austríacas.

El centro de las posiciones austríacas, cuyas alturas dominaban Solferino, fue atacada muy temprano, extendiéndose el ataque por toda la línea.

Esta cruenta batalla conocida en la historia como la de Solferino, duró tres días y se caracterizó por la actuación defensiva de sus ejércitos y los adelantos en las armas y artillería. Más que las acciones tácticas que aconsejan el ataque vigoroso, lo más llamativo de los combates fue la solución que se le dio a las cuestiones estratégicas.

El rey Guillermo de Prusia, el 30 de junio, tomó el mando del ejército teniendo como Jefe de Estado Mayor al mariscal Moltke y de colaborador al conde de Bismarck.

Esta campaña entre Austria y Prusia tuvo dos teatros de operaciones, aunque el importante y activo fue el teatro Nordeste.

Una vez que los prusianos ocuparon Sajonia sólo les separaba de sus adversarios los llamados Montes Matalíferos de la Lusacia.

Cada uno de los contendientes pusieron el mayor interés en quitar al otro las ventajas que podrían proporcionarles las líneas de montañas. La posesión de ellas fue objeto de combates encarnizados.

Decididos los prusianos en tomar la iniciativa, se pusieron en marcha y ocuparon el 23 de junio Bumbourg, al propio tiempo que el príncipe Carlos entraba en Bohemia y ocupaba varias ciudades.

Después de fuertes combates, pero poco importantes estratégicamente, se hacía necesaria una batalla que pudiera clarificar la situación. Para los austríacos lo importante era expulsar de Bohemia a los prusianos, y para éstos, poder alcanzar el objetivo que se habían propuesto.

Dicha batalla conocida con el nombre de Sadowa, tuvo lugar el 3 de julio de 1.866.

En vista de los informes recibidos por el príncipe Federico Carlos a través de las avanzadillas enviadas a tal fin, decidió comenzar el ataque. Al amanecer sus tropas habían tomado posiciones para atacar a los austríacos, comenzando por subir con lentitud la fuerte pendiente existente a cinco millas de Koeniggratz. A las dos horas todo el ejército estaba reunido en la colina, al lado contrario de donde se encontraban los austríacos, que no se habían apercebido de tener tan próximo al adversario.

A las siete de la mañana, parte del ejército prusiano descendió rápidamente de la colina; pero apenas llegaron a la llanura, los austríacos que les habían visto, comenzaron contra ellos un rápido fuego. Así comenzó la batalla de Sadowa o de Koeniggratz.

Según relata Víctor Balaguer: “A las ocho menos cuarto, el rey de Prusia llegó al campo de batalla y pocos minutos después la artillería montada se reforzó con la de montaña, y los artilleros atacaron terriblemente las posiciones de los austríacos, como si trataran de desalojarlos de ella. A la actividad del cañón prusiano contestó la del austríaco, cuya artillería rompió el fuego en toda la línea, y como por un efecto mágico alcanzaba a toda la del ejército prusiano, porque sus tiros llegaron hasta la colina de Dub, donde cayó una bala en medio de un escuadrón de ulanos que escoltaba al rey”.

A este ataque austríaco respondía disparo a disparo los prusianos, pero en este duelo artillero ni se ganaba ni se perdía terreno.

Gradualmente fue disminuyendo el fuego austríaco, mientras una parte de la infantería se adelantó hacia el río, al abrigo de unas pequeñas colinas. También los prusianos se prepararon para tomar al asalto Dohilnitz y Mokrowens, pero los austríacos no retrocedieron y por primera vez se empeñó un combate cuerpo a cuerpo.

Los prusianos tomaron la retaguardia de los austríacos, y les obligaron a retirarse con gran pérdida de hombres y prisioneros.

A las 10 de la mañana el príncipe Federico Carlos dio la orden de atacar Sadowa, Mokrowens y otros lugares, pero la infantería austríaca defendía la entrada de los pueblos con nutrido fuego. De repente, la artillería prusiana, para socorrer a la infantería, atacó los pueblos citados, que se vieron envueltos en llamas al incendiarse sus casas. Esperaron los austríacos a pie firme, convirtiendo el bosque próximo a Sadowa en teatro de combates terribles y sangrientos.

Los austríacos buscaron una nueva línea retirándose a Lissa, guarecidos por el bosque próximo a Sadowa.

La infantería prusiana, que se apoderó de Sadowa, se dirigió con autoridad hacia el bosque que se extendía entre Sadowa y Lissa. El éxito era dudoso. El aspecto de la batalla era igual para las tropas de Austria y Prusia. Entonces, el príncipe Federico Carlos ordenó el ataque. Los soldados atravesaron el puente de Sadowa y desaparecieron en la espesura del bosque, pero sin poder salir de él ni avanzar porque la artillería austríaca, con fuego rápido, se lo impedía.

Finalmente tras largos combates cuerpo a cuerpo, y con la enérgica actuación de las artillerías de ambos bandos, la batalla de Sadowa resultó una gran victoria para el ejército de Prusia.

Los prusianos tomaron a sus adversarios 11 banderas, 174 cañones y 18 mil prisioneros. Las pérdidas fueron numerosas por ambas partes.

No nos ocupamos de las operaciones militares que tuvieron lugar durante el mes de julio en Italia al no considerarlas de interés. Basta recoger la noticia que aporta Cándido Varona, tomada del periódico “Moniteur”, que decía: “París, 5 de julio de 1.866. Un hecho importante acaba de tener lugar. Después de haber salvado el honor de sus armas en Italia, el emperador de Austria, accediendo a las ideas emitidas por el emperador Napoleón en su carta dirigida el 11 de junio a su ministro de Negocios Extranjeros, cede el Veneciano al emperador de los franceses y acepta su mediación para conseguir la paz entre los beligerantes”.

“El emperador Napoleón se ha apresurado a contestar a este llamamiento, e inmediatamente se ha dirigido a los reyes de Prusia y de Italia para concluir un armisticio”.

Efectivamente, así ocurrió. El 22 de julio se estableció un armisticio de 15 días, el cual, poco antes de finalizar, se amplió, firmándose definitivamente la paz.

Dadas las circunstancias de igualdad de fuerzas entre los beligerantes anteriormente relatados, consideramos de interés aportar la opinión de uno de los críticos militares de la época, que estudió en profundidad los acontecimientos del por qué la victoria se decantó a favor de los prusianos.

Cándido Varona, en su libro “Historia y Arte militar”, al estudiar esta campaña, finaliza diciendo:

“Las causas, a nuestro entender, de la superioridad prusiana sobre la austríaca fueron: la ilustración, tanto de los oficiales como de los soldados, el sistema de reclutamiento, la sencillez hermanada con el orden que resaltan en todo cuanto con el ejército se rozaba, y, por último, una sabia y previsora administración”.

---

#### BIBLIOGRAFIA

- BALAGUER, VÍCTOR: Anales de la guerra de Italia, Prusia y Austria.  
BLANCH, Luis: De la Ciencia Militar en su relación con las demás ciencias.  
CANTU, CÉSAR: Historia Universal.  
CLONARD, CONDE DE: Historia orgánica de las armas, infantería y caballería.  
NAVARRO, CARLOS: O'Donnell y su tiempo.  
  
SANTA CRUZ, MARQUÉS DE: Reflexiones militares.  
SAN FELIPE, MARQUÉS DE: Comentarios de la guerra de España.  
VARONA, CÁNDIDO: Historia y Arte Militar.  
VILLAMARTÍN, FRANCISCO: Nociones del Arte Militar.